

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ

Alma rústica

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Consejo Editorial del Gobierno del Estado

Primera edición, Editorial Stylo, 1950

Segunda edición, Gobierno del Estado de Coahuila/Consejo Editorial, 2019

Alma rústica

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ



Cuahtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

Todos los pueblos tienen historias, costumbres y tradiciones que deben ser recuperadas y difundidas para rescatar y salvaguardar el patrimonio cultural. En ello radica la importancia del cronista oficial de cada lugar, cuya labor se basa en la investigación de los hechos trascendentes del pasado y las acciones del presente que deben registrarse para luego formar parte de la historia de la localidad, trabajo de vital significación que preserva la memoria de los lugares.

Particularmente Saltillo ha tenido notables cronistas que han plasmado material de este tipo en obras literarias y en crónicas que enriquecen nuestro acervo histórico. Don José García Rodríguez es uno de ellos, nombrado así en 1944 por el gobernador Benecio López Padilla.

García Rodríguez fue un destacado saltillense que imprimió su huella en la historia de México ya que, además de participar en la política del estado en donde tuvo un ejemplar desempeño, fue electo diputado por el distrito de Saltillo para formar parte de la XXII Legislatura que en 1913 desconoció a Victoriano Huerta como Presidente de México.

Para muchos su nombre es un referente del Ateneo Fuente y de una vida dedicada a las letras, pero él además entregó parte de su vida a la Normal del Estado, a las escuelas de Ciencias Químicas y de Leyes que, posteriormente, darían paso a la creación de la Universidad de Coahuila. También participó en la fundación de la Escuela Normal Superior de Saltillo y de la Escuela de Agricultura Antonio Narro. Su

afán de promover la educación y la cultura se vio reflejado en todos los ámbitos en los que se desempeñó.

La obra literaria de don José es muy extensa. En ella reconstruye el Saltillo decimonónico y recrea ambientes disfrutables y añorados de la región. En *Alma rústica* hace un vívido retrato de la vida campirana en las viejas haciendas de Coahuila.

En el marco de los festejos del 125 aniversario de la Biblioteca José García Rodríguez y a invitación de las autoridades del Ateneo Fuente, institución ícono de la vida educativa y cultural de Saltillo y de Coahuila, participamos como coeditores de esta obra, una de las novelas de este insigne escritor.

La amable y distinguida invitación, que atendemos con gusto, se ajusta, sin duda alguna, al compromiso del Gobierno del Estado y de su Consejo Editorial de reconocer y difundir la labor de los creadores coahuilenses, los de ahora y los de antaño, exponentes de nuestras tradiciones y costumbres en el campo literario, lo que los convierte en parte de la historia cultural de nuestro estado. Mercedamente don José García Rodríguez se incluye aquí por su rico e invaluable trabajo literario y su fecunda labor educativa.

Javier Fuentes de la Peña
Director del Consejo Editorial del Estado

Prefacio

El ser humano expresa en letras lo que no puede expresar con palabras, y aunque la voz pueda interpretar el lenguaje de la razón, los libros siempre serán el reflejo del lenguaje del alma...

Hablar del Ateneo Fuente es hablar de las personas que a lo largo de 152 años, con su integridad y ejemplo, le han valido el calificativo de Glorioso. Entre muchas de ellas el Dr. Dionisio García Fuentes, quien siendo director de nuestro Ateneo donaba íntegramente su sueldo para la compra de los libros para sus alumnos, volúmenes que habrían de constituir la génesis de nuestra magnífica Biblioteca, la que ya constaba de 653 títulos, ordenados por don Joaquín Castilla, quien fuera su primer bibliotecario. Fue inaugurada el 16 de septiembre de 1894.

Como ateneísta y aún más como director de nuestra también centenaria institución, don José García Rodríguez es otro destacado personaje, referencia obligada, hombre culto que dedicó su vida entera a la educación. Director de Educación Pública en Coahuila, director de la Escuela Normal, colaborador en la fundación de la Escuela de Agricultura Antonio Narro, y director del Ateneo Fuente en varias ocasiones, donde por méritos sobrados se impuso su honorable nombre a nuestra Biblioteca.

Y que mejor manera de celebrar este 125 Aniversario de nuestra Biblioteca publicando *Alma Rústica*, la que bien puede ser llamada obra inédita de don José García Rodríguez, editada por primera vez en el año de 1950 y de la cual se imprimieron alrededor de 50 ejemplares, por lo que ésta podría ser llamada también una primera edición, misma que ha rescatado el Lic. Jaime García S. Narro, nieto de don José.

El Ateneo Fuente es mi pasión y por eso agradezco que me permitan vivir y compartir ésta con todos ustedes.

¡Honor, gloria y larga vida a la Biblioteca Don José García Rodríguez del Ateneo Fuente!

Marco Antonio Contreras Becerra

Director de la Escuela de Bachilleres Ateneo Fuente

Semblanza de don José García Rodríguez

Don José García Rodríguez nació en Saltillo, Coahuila, el 9 de febrero de 1872, por lo que le tocó vivir la consolidación del México independiente, donde la cultura recibió una gran influencia europea; pero también vivió en la época agitada de la Revolución y tendencias socialistas; así como en sus últimos años de vida, los albores del México moderno.

Don José fue heredero de grandes virtudes de sus ancestros, su abuelo don Santiago Rodríguez del Bosque, que como gobernador defendió a Coahuila de la anexión a Nuevo León, y de su padre don Antonio García Carrillo, quien como gobernador y senador logró la ratificación del decreto de Juárez que devolvió la independencia a Coahuila. Esos genes hicieron de don José un hombre íntegro y sobresaliente, alto exponente de grandes virtudes cívicas y conducta ejemplar.

Don José fue siempre un hombre sencillo a quien no le gustaba el halago. Hombre sincero, amable y respetuoso. Hombre justo y honorable. Hombre prudente, valiente y de pensamiento liberal. Hombre culto, con grandes dotes literarias y de docencia. Hombre con acendrado amor por Coahuila y por el Ateneo Fuente, institución educativa a la que le dedicó muchos años de su vida.

Su padre el Lic. Antonio García Carrillo le tatuó en su corazón el amor por el Ateneo Fuente. ¿Por qué decimos eso? Porque su padre siendo secretario de Gobierno del gobernador Andrés S. Viesca, por instrucciones de éste, fue

el creador de la Ley de Instrucción Pública del Estado, de la cual surgió, el 18 de julio de 1867, la Junta Directiva de Estudios del Estado cuyo primer acuerdo fue crear el Ateneo Fuente. Como secretario de la misma participó en la redacción de los estatutos y planes de estudio del nuevo Ateneo. Fue director y presidente de dicha Junta que de hecho controlaba a la misma institución en esos años. Fue parte de su cuerpo docente por varios años y llegó a ocupar la dirección del mismo.

Por influencia de su padre estudió leyes, aun cuando él sentía vocación desde niño por la literatura, pues desde esa edad le componía versos a su padre y ya de joven participó en un certamen literario de la Ciudad de México, el que ganó con su poema *Oda a Cuauhtémoc*.

Haciendo honor a su amor por la literatura, al terminar su bachillerato de leyes en el Ateneo, don José declamó en la fiesta de graduación sus poemas: *Oda a Cuauhtémoc* y el llamado *Poema de la Juventud*.

Siguiendo los deseos de su padre se trasladó en 1891 a la Ciudad de México para continuar sus estudios de Jurisprudencia, pero el destino cambió su rumbo, pues sólo unos meses después tuvo que regresar a Saltillo por el inesperado deceso de su padre a los 49 años. No volvió a la capital, pues como hijo único tuvo que hacerse cargo de su madre. Estas circunstancias hicieron que don José participara durante toda su vida en otras actividades, mismas que desempeñó en forma sobresaliente, sin dejar de cumplir con su vocación literaria, la que lo acompañó hasta su muerte en 1948.

Una de esas actividades fue la docencia, la que inició en su querido Ateneo, cuando en 1893, a los 21 años, entró como maestro de literatura y secretario de la Junta Directiva. Le tocó crear, con el apoyo del rector Dionisio García Fuentes, la Biblioteca que hoy lleva su nombre. Aun cuando

don José era una persona tranquila, tenía su carácter, más si se trataba de defender el alma del Ateneo. Es así que en 1896 renunció al no estar de acuerdo con que se quitara a la institución su vocación humanista, lo que siempre le había distinguido.

Seis años después, en 1902, regresó al Ateneo como su director. En este primer periodo, que duró siete años, impartió varias cátedras sin faltar por supuesto la de literatura. Como director logró reformar la Ley de Educación Secundaria y Preparatoria y elevar el carácter disciplinario y administrativo. Aumentó el número de obras en la Biblioteca, así como de ejemplares y materiales en laboratorios. Estableció la Escuela Comercial Anexa, enriqueció el Museo de Historia Natural, fundó el Observatorio Meteorológico del Estado y, por su iniciativa, los estudiantes crearon la Sociedad Juan Antonio de la Fuente.

En acuerdo con el gobernador Jesús de Valle, renunció al Ateneo en 1909 para asumir de inmediato la dirección de la Escuela Normal de Profesores y además la Dirección General de Educación en el Estado. Destacó en estas funciones porque logró unificar al profesorado normalista y al de las escuelas oficiales. Consiguió la armonía entre autoridades políticas y las escolares. Cinco años después dejó la dirección de la Normal y la Secretaría de Educación en el Estado, al ser nombrado por el presidente de la República don Venustiano Carranza, oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública Federal. Se trasladó a la Ciudad de México, pero tiempo después renunció al no gustarle el ambiente político de la capital.

En 1934, ya en el actual y hermoso edificio del Ateneo, don José asumió por segunda ocasión la dirección. Impartió la cátedra de literatura y le tocó enfrentar dos intentos para imponer la educación socialista que estaba de moda en el gobierno. Don José se vio obligado a renunciar, pero tomó la

defensa de los maestros y la dirección en Saltillo del Comité pro defensa del Ateneo, el cual logró la intervención del presidente Lázaro Cárdenas y el conflicto terminó. Don José no regresó al Ateneo, pero tuvo la satisfacción de recibir de la Sociedad de Estudiantes Juan Antonio de la Fuente y de la Confederación Nacional de Estudiantes, emotivos reconocimientos por su defensa del Ateneo y de la libertad de cátedra.

Pasada la ola roja, tres años después en 1941, fue nombrado director del Ateneo para un tercer periodo que terminó al ocurrir su deceso el 1 de abril de 1948, a los 76 años de edad.

Fue precursor de la actual Universidad de Coahuila, fundador en 1943 de la Escuela de Jurisprudencia y en 1944 de la Escuela de Ciencias Químicas. Puso en operación la Escuela de Enfermería. Presidió el Seminario de Cultura Mexicana. El Gobierno del Estado lo nombró primer Cronista de Saltillo.

Don José ha recibido muchos reconocimientos, en vida y después de muerto, tal vez no suficientes, pero lo más importante es que muchos de sus alumnos lo recuerdan con cariño y no pocos lo consideraban como su segundo padre.

Don José amó siempre el campo. En los espacios que le dejaban todas sus actividades, incursionó en la agricultura, por lo que en diferentes épocas compró varias propiedades agrícolas, pero nunca tuvo suerte. Lo que sí logró fue algo que siempre deseaba: estar en contacto con la naturaleza y con la gente campesina, ambas fuente de inspiración de su actividad literaria.

Como ya lo mencionamos, don José consideró que su vocación era la literaria por lo que nunca dejó de realizarla, por eso su legado en este campo es tan rico y extenso. Incluye un total de 650 títulos, de los que se han editado un poco menos de la mitad en 15 libros. Él se tardó mucho en publicar,

pues su primer título lo editó dos años antes de su muerte. Sin embargo, la mayoría de su obra la publicó desde muy joven en 125 periódicos y revistas culturales de nuestro país y del extranjero.

Sus libros editados en vida son: *Sinfonía de la Luz* (poemas, Saltillo, México, Ildefonso Villarello, 1946); *De la vida ilusoria* (poemas, México, Ediciones Papel de Poesía, 1947); *Relatos, misterio y realismo* (cuentos, México, Editorial Jus, 1947); *Las horas iluminadas* (poemas, México, Ediciones Papel de Poesía, 1948).

Sus libros publicados *post mortem* son: *Alma rústica* (novela, México, Editorial Stylo, 1950, y Consejo Editorial del Gobierno de Coahuila, 2019); *Entre historias y consejas* (cuentos, México, Editorial Stylo, 1951, y Consejo Editorial del Gobierno de Coahuila, 2019); *Las tres hermanas* (novela, México, Libros de México, 1980; en tomo II de *Obras Completas*, México, Libros de México, 1983, y Consejo Editorial en 2015); *Obras Completas* (tomo I y II, selección de títulos, México, Libros de México, 1983); *La casa de los espantos* (cuento, Saltillo, México, Impresos Meyemberg, 1998); *La venganza del muerto y otros cuentos* (cuentos, Saltillo, Talleres Gráficos del Estado, 2002); *Miren lo que sucedió en la feria del Saltillo* (novela, México, Libros de México, 1992; en *Obras Completas*, México, 1983, y Monterrey, N.L., Grafo Print, 2010).

Si se toma como base la clasificación de géneros literarios que hace el propio don José en *Apuntes sobre literatura*, puede afirmarse que el autor cubrió con su obra escrita la mayoría de los géneros y subgéneros literarios.

Don José García Rodríguez advertía ya en su tiempo la descomposición de la sociedad mexicana. Lleno de preocupación, escribió en 1933 un ensayo muy vigente aún en nuestros días: *Renovación social y la cultura*. En este ensayo propone algunas ideas para terminar con esa descomposición

en el tejido social, las cuales vale la pena tomar en cuenta ahora: *" La única solución está en crear una nueva conciencia, una nueva vida; pero proponiéndose como fin la cooperación fraternal, para llevar el peso supremo de los deberes de cada uno en conjunción con los deberes de todos. Semejante transformación debe operarse por medio del amor y no por medio del odio; por la acción misericordiosa de la cultura y no por el terror de la fuerza. Sólo la cultura puede llevar hasta el fondo del ser los gérmenes del bien, y de allí desarrollarlos en evolución natural que no retrocede, ni se para ni se extravía' .*

Don José murió el 1 de abril de 1948. El pueblo lo lloró en tres días de luto. Su tumba en la Rotonda de los Hombres Ilustres es sencilla, como lo fue él toda su vida. ¡A veces se le recuerda y a veces se le olvida!

Septiembre de 2019

Jaime García S. Narro

Al través de la meseta salpicada de ralos matojos, ondula la carretera cuyo polvo amarillento flota en rastreras nubes al paso de los viandantes y se alza en remolinos a cada ráfaga de viento. A uno y otro lado, en lejanas hondonadas, verdecen las sementeras o negrean los barrancos. Más lejos todavía, se levantan los pelados cerros que cierran el valle y que, corriendo paralelamente hacia el norte, van a unirse a un laberinto de escalonadas serranías cuyas jorobas y picachos suaviza y azula la distancia. De pronto, se quiebra la meseta en rápido declive, y surge, circuida de frondoso arbolado, la Hacienda del Río.

En una suave eminencia eleva la *casa grande* su blanca fachada con enorme portón y cuatro ventanas de fierro, y en torno de ella, se esparcen en desorden y con orientación diferente, las pardas casuchas de medieros y peones, Las labores se extienden al norte, en parda planicie, surcada por gruesas cintas de verdura que marcan el paso de las acequias distribuidoras del riego.

Entre casas y huertos, a la sombra de álamos e higueras, serpentea *el agua de pie* con soñoliento murmurio. En ella lavan la ropa las mujeres, se bañan los chicuelos y se abreven libremente cerdos, vacas y gallinas. La quietud de la hacienda a la hora en que la gente trabaja en el campo, interrumpe a veces

con un grito lejano, con estridente rebuzno o con el misterioso susurro del viento que mueve blandamente las ramas de los nogales.

Cerca de la casa grande un albañil y tres peones levantaban una pared. Uno de ellos, hincando su azadón en el barro, dejó de trabajar. Era la señal de un descanso repetido durante el día con la frecuencia posible. Quitóse el sombrero y sacó de la copa una cubierta de mazorca, de la cual arrancó cada uno una hoja, recortándole los extremos con los dientes; otro mostró un sucio saquillo de tabaco picado en que todos fueron tomando la necesaria pulgarada; el tercero hirió la piedra con el eslabón y ofreció la lumbre. Y comenzaron a humear los *cigarros* y a conversar los *chupadores*, cómodamente sentados en los materiales esparcidos por el suelo.

Era poco después de mediodía. El sol calentaba de firme, reverberando en los barriales. Altos remolinos de polvo se alzaban a lo lejos. El cielo estaba blanquecino y el follaje ceniciento.

El albañil exclamó de repente:

–¡Muchachos, ai viene don Pancho!

Y todos volvieron precipitadamente a sus respectivas faenas.

Un jinete dobló la esquina de la casa grande y se detuvo a la puerta. Se apeó, quitó la silla al caballo, y tomándolo del cabestro, se dirigió a la acequia. Al pasar, encarándose con el maestro, le dijo secamente:

–¿Por qué han hecho tan poco?

–Pos, señor, no léhemos aflojao dende que se fue su mercé.

Francisco después de dar agua a su caballo, lo dejó en la casa, y se volvió a la obra, sentándose en un trozo de álamo que yacía cercano.

Tenía treinta años. Era de baja estatura, flaco y algo cargado de espaldas. En su rostro enjuto y rapado, del rojizo color de barro cocido que en la gente blanca producen el sol y el aire, las cejas espesas y unidas daban sombra a sus ojos negros que miraban con dureza, contrayéndose ligeramente. Vestía pantalones de kintoki azul ceñidos a la pierna, camisa de indiana sin cuello, chaqueta de dril y zapatos de vaqueta. Su cabeza y la mitad superior de su rostro desaparecían bajo enorme sombrero de petate de fino tejido.

Francisco Rojas era hijo de una ranchera de aquellos contornos, que habiéndose acomodado en una casa rica de la ciudad, se enredó con el amo. Éste le puso casa y la frecuentó algún tiempo, abandonándola en seguida. El padre de la muchacha se alborotó; pero el amo fue a verle y le regaló cien pesos, con los cuales el pobre viejo, dándole todo de barato, se volvió a su casa en compañía de su hija, contento y hasta un poco agradecido. Un año después el viejo murió, y la madre de Francisco solicitó y obtuvo acomodo en la casa grande del Río, donde sirvió algún tiempo, hasta que víctima de una *andancia* de tifoidea, murió rogando a sus amos mirasen por su hijo, pero sin decir una palabra de su vida pasada. Don Pedro Medrano, dueño de la hacienda, recogió al huérfano, le crió en su casa y le acostumbró poco a poco a los trabajos del campo. Francisco mostraba inteligencia y energía, y cuando tuvo edad para ello, se le encargó la administración de la hacienda, que desde el primer momento, desempeñó de la mejor manera posible.

Don Pedro, doña Petra su mujer y su hija Camila –guapa muchacha de veinte años– residían en la hacienda, pero iban con frecuencia al Saltillo donde vivían la mayor parte de sus parientes y amigos.

De uno de esos viajes los esperaba Francisco aquel día. Con los ojos fijos en el polvo que flotaba encima de la meseta, esperaba con ansia que el coche apareciera en lo alto de la cuesta. Él que no conocía sino vagamente su origen y apenas si recordaba a su madre, veía como suya a aquella familia con quien siempre había vivido. Su imaginación volvía complacida hacia los días de su infancia en que corrían él y Camila por cerros y arroyos buscando caracoles, y en tiempo de fruta, trepaban a los árboles para alcanzar los higos o los duraznos ya maduros. Juntos aprendieron a leer y a escribir con el maestro de la hacienda; juntos habían leído vidas de santos, cuentos e *historias* en las largas veladas del invierno, y juntos habían ido más tarde, a la misa, a confesarse y a comulgar las poquísimas veces que él lo había hecho en su vida. Por eso cuando la familia iba al Saltillo, Francisco experimentaba una sensación extraña, mezcla de ansiedad y de angustia. A la sazón, hacía dos semanas que estaba solo, y recordaba con tristeza aquellos largos días tan lentamente transcurridos. Durante las horas de trabajo se distraía bastante: tenía que dar disposiciones, nombrar faginas, instalarlas y después recorrer uno por uno cada grupo, y esto a cada rato, para que no perdieran el tiempo o hicieran mal la tarea que se les encomendara; pero cuando los trabajos terminaban, y al paso de su caballo, se volvía a la hacienda, a la luz del crepúsculo agonizante, al entrar a la casa y sentir el hálito helado que arrojaban al ser abiertas las piezas solitarias, algo se le oprimía dentro del pecho, violenta sensación de soledad y de abandono le invadía, y hubiera querido escaparse, correr no sabía a dónde. Era esta una debilidad de que no se daba clara cuenta, pero que le repugnaba sentir. ¿Por qué necesitaba estar rodeado del calor y del cariño extraños para conservar su alegría? ¿Por qué la soledad le asustaba como si fuera un niño?

Entre una nube de polvo que se alzó sobre la meseta, apareció, bajando lentamente, el coche de la hacienda. Cuando paró frente a la casa, don Pedro se apeó el primero y abrazó a Francisco. Bajaron sucesivamente Camila y doña Petra dándole sendos apretones de mano.

Don Pedro era un hombre alto, entrado en carnes y bastante moreno, doblemente moreno, de rostro y apellido, como solía él decir cuando le presentaban con alguien. Sus ojillos móviles y vivos daban expresión de cordialidad a su cara redonda totalmente rasurada. Doña Petra era pequeña y blanca, de gracioso perfil, ojos oscuros y negro pelo. Camila se parecía a su madre en la expresión del rostro, pero era más alta y mejor formada; su color oscilaba entre el blanco y el moreno; tenía finas cejas sobre ojos oscuros y una extraña expresión de malicia e inocencia.

–Me parece que algo habrá que comer –dijo don Pedro en son de chanza.

–Pos poco y malo no ha de faltar –contestó Francisco.

Como era pasado el mediodía y el camino había estimulado su apetito, pasaron desde luego al comedor. Durante la comida don Pedro y Camila contaron a Francisco sus impresiones. Camila le describió las fiestas del 16 de septiembre, que, en su concepto, habían estado muy animadas, un baile en el Casino y la serie de representaciones dramáticas a que había asistido. Aquí Francisco, experimentando una sensación indefinible, no podía explicarse si lo que realmente le molestaba era la postura en que desde hacía rato se hallaba sentado o la narración de Camila. Don Pedro, a su vez, le habló de *los toros*. Se trataba de una cuadrilla española (*compañía*, decía don Pedro) que había hecho mucho ruido, pero que, en su sentir, no valía la pena, y el buen señor suspiraba recordando a Lino Zamora y aquella su maravillosa facultad de matar los toros siempre de la primera estocada.

Los dos viejos, aunque no les disgustaba ir al Saltillo en busca de las distracciones indispensables para una muchacha de la edad de Camila, preferían la apacible vida del rancho, consagrada por una costumbre de cuarenta años; y de todas aquellas escapadas, era quizás lo más gustoso para ellos el regreso a la hacienda que les renovaba cada vez los gratos sabores del terruño. Hasta Camila, amante de bailes y paseos, prefería, a la larga, la vida del campo, y después de una ausencia de algunas semanas, se volvía con mucho gusto a su casa.

Cuando terminó la comida, don Pedro se fue a dormir la acostumbrada siesta, y Francisco quiso salir para ensillar su caballo y volver a los trabajos que necesitaban su vigilancia.

–Hasta la noche –dijo.

–Anda, mujer, dale de una vez su regalo –dijo doña Petra a Camila viendo a Francisco en la luz de una mirada.

–No –dijo Francisco–; ora ya me picaste la curiosidad, y no me voy hasta ver lo que me trajiste.

–Pero si está todo en el *belise*, y viene lleno de tierra –replicó Camila.

–No le hace: vamos a verlo; yo te ayudo.

–¡Qué mamá! –exclamó Camila–. ¿Para qué le despertó la curiosidad? Yo le quería dar una sorpresa.

Diciendo y haciendo, trajo de la pieza contigua una pequeña maleta; le sacudió el polvo con un trapo y la abrió en seguida.

–¡Qué casualidad! –dijo–. Aquí vienen muy a la mano...

Cogió varios paquetes y alargó uno a Francisco, diciéndole:

–Toma...

Aquél lo desenvolvió y apareció, desdoblándose, una hermosa corbata de seda. Doña Petra y Camila miraban a Francisco con semblante risueño.

–¡Una corbata! –exclamó–. ¡Pero si no la uso nunca, ni sé ponérmela, y ni siquiera tengo cuellos!

–Aquí están los cuellos –dijo triunfalmente Camila–; cuellos parados para cuando vayas al Saltillo... ¡Tienes que ponértelos!

–¡Curioso estaría todo eso con estos pantalones y esta chaqueta! –observó Francisco riendo.

–En todo se ha pensado: ya te mandamos hacer un vestido... y de levita.

Francisco dio una rápida vuelta sobre sí mismo y soltó una carcajada. Doña Petra y Camila rieron también.

–¿Qué tienen, hombre? –preguntó con voz soñolienta desde la pieza inmediata, don Pedro a quien sin duda habían despertado.

–No debías habérselo dicho hasta que se lo mandaran –dijo la señora; y añadió–: Chist, chist; más quedito.

–Ahora, aquí está el último regalo –apuntó Camila, alargando a Francisco un pequeño envoltorio. Era su retrato.

–Esto sí vale la pena –dijo Francisco al verlo, revelando en el tono de su voz una profunda emoción–. Ya me voy –añadió, mientras con mano torpe y temblorosa metía la dura tarjeta en el bolsillo de pecho.

Un momento después galopaba hacia las labores donde tenía que vigilar el riego. Su caballo, resoplando con furia, corría entre una nube de polvo, y sintiéndose en libertad, saltaba bordos y acequias. Francisco no se movía, fijo en la silla. El aire le había echado hacia atrás el sombrero y hacía volar su suelta chaqueta. Paró de golpe el caballo en el punto en que desembocaba la acequia y en que el agua comenzaba a extenderse por toda la anchura de la amelga. Los regadores, remangados hasta los muslos, azadonaban aquí y allá, rehaciendo los bordos que la corriente deshacía, alzándolos cada vez más, hasta que el agua subía a los

lugares más altos. La tierra, de un pardo claro, iba tornándose negra conforme se empapaba; los charcos brillaban heridos por el sol, y los insectos, sorprendidos por la inundación inesperada, se apiñaban encaramados en los matojos que permanecían en pie.

–¡Mira, Librado –gritó Francisco–, ai vas dejando un blanco! ¡Remiéndalo!... ¡Oye, Ramón, alza más ese estirado!... Se te va l'agua... ¿Qué no ves?

Costeando al paso la tabla de tierra en que el riego iba tendido, llegó hasta el extremo de ella. Un hombrecillo *prieto* y rechoncho, sin más vestido que una no muy cumplida camisa, se multiplicaba para parar la corriente.

–No le aflojes, Juan... Tú y Rómulo que están aquí en el coleo, apúrense; ya saben que quiero que l'agua se pare.

Y se dirigió a otra tabla cercana en que los tiros de mulas iban y venían lentamente, arando la tierra. Francisco revolvió su caballo en todas direcciones, y preguntó bruscamente:

–¿Quién tiró el trigo?

–Yo –contestó un viejo que fungía de mayordomo y marchaba en la yunta delantera.

–Es necesario que lo eches menos cargado –dijo Francisco–; es temprano todavía.

–Aquí la tierra es de poco cuerpo –contestó el viejo.

–Hazlo como te digo. Ahora, presta la yunta y vete a la saca a dar una vuelta.

Se apeó, amarró el caballo al tronco de un *güisache*, y cogiendo el arado, aguijó las mulas, y la larga hilera de yuntas echó a andar tras él.

El sol se ponía. Nubes plomizas se destacaban sobre trozos de cielo de un verde pálido en el horizonte, y de azul más intenso cuanto más se acercaba al zenit. Se extendía al oriente negro nublado del que bajaba, sobre los cerros

distantes, débil cortina de lluvia. Poco a poco la púrpura del ocaso se aumentó; el verde y el azul del cielo palidieron; las montañas, antes azuladas, se tornaron plomizas y fueron perdiendo su color y su relieve hasta abismarse en la extensión inmensa del espacio, haciéndose perceptibles sólo por una intensidad de sombras sobre el oscuro tinte general. Los cerros del oriente se recortaban sobre una incolora claridad.

Francisco mandó soltar las yuntas. Mientras los gañanes regresaban a la hacienda cantando por las veredas, y rechinaba el carro en que se conducía la herramienta, y la mulada, entre nubes de polvo, buscaba al trote el corral donde dormía, Francisco caminaba al paso de su caballo. Un desaliento del alma y del cuerpo había sucedido a su pasada actividad; una melancolía infinita le pesaba en el corazón y sentía un vago anhelo de escaparse, de correr hacia un rumbo desconocido.

II

La casa grande era un edificio cuadrangular de un solo piso. Se componía de zaguán, patio y enorme corral con caballeriza, zahúrda, gallinero y pajar. Formaban el cuadro del patio quince piezas, amplias y bien ventiladas. En el lado poniente estaba la sala con estera de ixtle, sillería de Viena, mesa redonda y rinconeras llenas de variados cachivaches. En la testera, precisamente sobre el sofá, pendía una *Virgen de Guadalupe* con marco dorado, y en las paredes laterales sendos cromos –regalo de alguna publicación– representando la batalla de Otumba o el tormento de Cuauhtémoc. Adornaban la mesa redonda una lámpara de reciente adquisición, pequeños biseles con retratos y algunas chucherías, entre las cuales se conservaba, como verdadera curiosidad, un molusco fósil recogido en lo alto de las serranías cercanas, que servía a don Pedro para enseñarlo a sus visitas, haciendo al mismo tiempo la siguiente observación que juzgaba muy oportuna:

–Esto prueba que hasta por aquí llegaba antes el mar.

De la sala seguía la recámara de Camila, que era la pieza más alegre y mejor adornada de la casa. Tenía una ventana con rejas de hierro que daba al patio, velada por transparentes de punto blanco. En el espacio libre entre las rejas y las maderas, florecían algunos tiestos de violetas, rosales y claveles. Junto a la cama *de pabellón*, había una mesa de noche, y enfrente de la ventana, un tocador con espejo y cubierta de mármol; más allá un armario, y una

mesita; en el centro dos mecedoras de mimbre y algunas sillas de Viena. De los muros colgaban retratos y una imagen de la Virgen del Carmen, de bulto, con retablo que adornaban búcaros de flores.

Seguía la alcoba común de don Pedro y doña Petra, cuyo mobiliario se componía de una cama matrimonial de hierro con adornos dorados, un viejo ropero, un aguamanil con servicio de peltre y algunas sillas de *tule*. Pendían de una percha algunas ropas femeniles, unas chaparreras de gamuza amarilla y un sombrero de pelo galoneado de plata. En un rincón, sobre una silla, se alzaba un mediano rimerero de frazadas pardas, hechura de los obrajeros indígenas.

El comedor era una pieza enorme, en cuyo centro destacaba una gran mesa de pino, una cómoda, dos filtraderas y cantidad de sillas de *tule*. Una alacena, abierta en uno de los muros laterales, prestaba los mismos servicios que la cómoda y se aseguraba que, merced a un doble fondo y otras ingeniosas tramoyas, servía a don Pedro para guardar las talegas.

En el lado poniente estaba en primer término el escritorio con una mesa, un arcón apolillado que servía de caja fuerte y una prensa de copiar por todo mobiliario, y yacían, en torno del cuarto, arrimados a la pared, sargas de azadones y rimeros de sacos. En la pieza contigua vivía Francisco. Un catre de hierro, un baúl y un clavijero del que pendían su capote, sus polainas y algunas otras prendas de vestir, la llenaban por completo. En uno de los cuartos adyacentes se guardaba la herramienta: líos de arneses colgados a gruesas estacas, arados, yugos, barras y multitud de trebejos empolvados. Los demás servían de graneros para las semillas destinadas al gasto o que se separaban por algún motivo. Las *galeras* para las diversas cosechas estaban situadas junto a la casa, en el mismo cuerpo del edificio, pero sin comunicación interior con ella. La cocina era una

pieza de negras paredes, en cuyo testero brillaba el fogón bajo enorme campana más negra todavía. Metates, cazos, jarros, platos, tinas, se alineaban en anaqueles a lo largo de la pared o yacían en desorden en la chimenea o en el suelo. Frente a la puerta de ingreso, colgado del techo por cuerdas en que las moscas se apiñaban, columpiábase el *sarzo* de amarillo carrizo en que se ponían los quesos a orear y a escurrir.

En el corral había gallinas, *guajolotes* y patos en tolerante convivencia; cerdos gruñidores presos en su zahúrda, mansos becerros, dos o tres mulas y los caballos de silla; el de don Pedro, una jaca que montaba Camila y el tordillo de Francisco, joven y robusto potro que, estremeciéndose al más leve ruido, erguía la cabeza y resoplaba con fuerza. Más adentro, había otros corrales de mayores dimensiones todavía en que se encerraba a las mulas y a las reses.

En la casa grande todos se levantaban al amanecer, desayunándose en seguida; comían al mediodía en punto; a las tres de la tarde tomaban una taza de chocolate *en* leche con gorditas de harina; cenaban a las ocho y una hora después todo el mundo dormía... Viejas costumbres que rarísimas veces se alteraban. Todas las noches, poco antes de cenar, Francisco y el mayordomo hacían la raya, daban cuenta a don Pedro de los trabajos del día y acordaban los del siguiente. Francisco se levantaba al cantar los primeros gallos y llamaba al mayordomo y a algunos de los peones que, bajo su inmediata vigilancia, echaban de almorzar a las bestias que debían hacer la jornada. Un poco más tarde don Pedro, en mangas de camisa, aparecía en la puerta de la casa, y allí se estacionaba, haciendo a gritos las observaciones que creía oportunas.

—Mira, Pancho, que no se les olvide untar el carretón... ¿por qué no pegan otra mula? Esa está muy estragada... ¡Que no les vaya a faltar semilla!... ¡Acomoden bien todo!

Poco a poco aparecían los vecinos, envueltos, aun cuando no hiciese frío, en sus cobertores morados o rojos. Algunos, vigilados por doña Petra, ordeñaban las vacas; otros sacaban arneses y arados y enganchaban el carretón, todo entre risas, reniegos y gritos.

Lentamente el horizonte se coloreaba, y los primeros rayos del sol, iluminando el espacio, herían las cumbres de los occiduos cerros; las casuchas se abrían; parvadas de golondrinas revoloteaban con incesante greguería; cantaban los gallos, balaban las cabras, mugían las reses. Los regadores, con el azadón al hombro, tomaban las veredas. Corrían las mulas con dirección a la acequia, y en apretada fila, mosqueando el rabo, bebían con lentitud, y se oían los silbidos del caporal y el restallar de su látigo. Las reses salían a la vez, pausadamente, con cadenciosos movimientos de cabeza, deteniéndose a cada paso. Los toros escarbaban la tierra o luchaban asidos de las astas. A los rayos del sol que se tendían por la tierra, brillaban en sus belfos plateadas hebras.

Francisco ensillaba su caballo y partía con los más rezagados. Doña Petra y Camila, entre tanto, barrían y regaban, yendo y viniendo con trajín infatigable...

Aquella mañana, cuando ya el sol estaba bien alto, aparecieron en la labor don Pedro y Camila. Francisco, con un morral pendiente del hombro, recorría acompasadamente la mojada tierra, arrojando el trigo con rítmicos movimientos de su mano derecha que trazaba en el aire un semicírculo. El agua, tendida en las amelgas vecinas, espejeaba a la luz del sol y los azadones de los regadores, al levantarse a compás, lanzaban súbitos destellos. Las yuntas iban y venían silenciosamente, en ordenada fila. Los pájaros cantaban en los cercanos matorrales, y en el aire fresco y vivificante se aspiraba desconocida fragancia. Don Pedro se apeó y apersogó su caballo a la sombra de un árbol.

–¡Francisco! –gritó–. ¿Ya acabas, hombre?

–Ya mero –contestó aquél.

–Ándenle, muchachos –dijo, dirigiéndose a los gañanes–; a ver si acabamos de tapar esta besana.

–Del receptor p'abajo todavía está muy verde –dijo uno de los trabajadores.

–No le hace –observó don Pedro– el maíz al polvo y el trigo al lodo.

Francisco llegó a donde estaban don Pedro y su hija.

–Oye –le dijo aquél–, anda con Camila a la huerta. Quiere ir a traer verdura. Aquí los aguardo.

Francisco montó a caballo, y él y Camila se pusieron en marcha. Sintió disiparse la murria que desde la mañana le abrumaba. No sabía explicarse claramente lo que sentía en aquellos momentos, pero era algo semejante al nublado que comienza a abrirse por el medio del cielo con un claro cada vez más grande, hasta que la niebla se disipa, agrupándose en las montañas lejanas, y brilla sereno y vivo el sol. Tampoco las brumas de Francisco se desvanecían por completo: quedaban allá lejos, amenazando volver a cerrarse; pero en aquel momento brillaba en su alma la luz. La alegría de Camila se le comunicaba; sentía ganas de reír, de bromear, y su espíritu deslumbrado seguía al despierto y vivo de la joven, como el suelto ramaje a la corriente que le arrastra.

–Un galope, Francisco –dijo Camila jovialmente.

E inclinándose un poco hacia adelante, instigó su jaquita que partió con rapidez. Francisco la siguió.

De pronto, Camila paró su yegua y exclamó señalando hacia un matorral cercano:

–¡Mira una liebre!... ¡Mírala qué saltos va dando!

–Aquí hay muchas –dijo Francisco–. Te prometo que un día de estos te llevo media docena.

–Se queda en cuento...

–¿Cuántas veces te he dicho una cosa que no te haya cumplido?

–Muchas veces... Acuérdate cuando me dijiste que no conocías a Juliana, y hasta habías bailado con ella.

–Sí, pero sucedió porque...

–No me vengas con cuentos... ¿Cómo no habías de conocerla?... ¡Ya caíste! –añadió alegremente.

Francisco, sin querer, se había puesto serio. La nublazón se cerraba; pero bien pronto le volvió a la calma la voz de Camila que, mostrándole en lontananza una columna de humo negro, le dijo:

–Allá va el tren...

Y lanzó un débil suspiro desmentido plenamente por la alegre luz de sus ojos.

La cerrazón del alma de Francisco tuvo un súbito avance. No pudo menos que decir:

–¿Y por qué le suspiras?

–¿A quién?

–Al tren o a ... otra cosa...

–¡Vaya un hombre caviloso! Te diré que no sirves para marido. Cuando la vea, se lo digo a Juliana –añadió soltando una carcajada.

Francisco tuvo un movimiento de cólera, pero se contuvo, y lo que fue más extraño, lo ahogó en una sonrisa.

Habían llegado a la huerta, extensa mancha de verdor en medio de un árido bajo. Después de una hora de sufrir el sol, la compacta sombra de las higueras les produjo agradable sensación de frescura. Camila de un brinco echó pie a tierra. Lo mismo hizo Francisco, y *atacando* las cabalgaduras, las amarró a la sombra, parecía no haber por allí alma viviente. Súbito se oyeron los furiosos ladridos de un perro que al ver a los recién llegados, depuso su cólera,

trocándola en flébiles gañidos de alegría e incesante menear de cola. No tardó en aparecer entre los árboles, agachándose al andar bajo las ramas, Cleto el hortelano, alto mozállón de piel bronceína, ojos oblicuos y pelo negro y crespo. Sin ver a Camila que se había sentado a la sombra, se dirigió hacia Francisco, con el sombrero en la mano.

–Güenos días, señor... ¿Cómo pasó la noche su mercé?... ¿Qué hace el amo y las señoras?... Supe que habían venido sin novedá... Quera Dios, señor.

–¿Cómo te va, Cleto? –dijo Francisco, mientras aquél largaba su saludo–. Ai'stá Camilita, hombre... ¿Qué no la habías visto?

–¡La Santísima Virgen nos ampare, señor! No la había visto... ¡Como está allí tan escondida! –dijo el hombre, volviéndose con torpes contorsiones hacia donde estaba Camilia, y continuó–: ¿Cómo le va, doña Camilita? ¿Qué hace su mamacita y el amo don Pedro?... ¿Están buenos?... ¡Quera Dios, señora!

–Todos bien, Cleto... ¿Y tú y tu mamá?

–Gracias al señor Dios, señora, nohabido novedá; y que ni la haiga, por Dios Santo, pos con tanta seca y díai enfermo uno, nomás dígame su mercé ¿qué haría uno?

Y soltó una carcajada.

–Vamos a ver, Cleto, ¿qué tienes en la huerta? –le preguntó Camila.

–¿Cómo de qué?

–¡De fruta y verdura, hombre!

–¡Ah!... Pos hay duraznos, uno quiotro higo, pocos; chile verde, un canterito que pudo lograrse... Lo demás se lo acabó el eclís y la barrenía.

Francisco que había estado observando la huerta en todas direcciones, exclamó de pronto:

–¡Qué ha de tener éste!... ¡Mira nomás cómo está todo de sucio! No le has dado un azadonazo a la huerta desde el año pasado... Mira –añadió con severidad–, si para la semana que entra no me tienes todo esto limpio, te quito la huerta.

–Pos se hará lo que se pueda –dijo Cleto sin inmutarse–. Lo llaman a uno cada rato de l’hacienda y le quitan el tiempo, y por eso...

–En toda esta semana no te voy a hablar ni una sola vez –repuso Francisco–, para que no tengas ese pretexto; pero ya te lo dije...

Camila que se había internado en la huerta, al divisar un inculto matorral de rosales cubierto de enormes castillas, corrió hacia él gritando:

–¡Qué preciosura, Dios mío!

–¡Espérate, espérate!... ¡Te espinas! –le decía Francisco.

Camila cortaba rosas con precipitación, y después de olerlas, las recogía en la punta de su chal, que pronto estuvo colmada. Francisco se puso también a cortarlas, y cuando hubo formado un grueso y maltrecho ramo, se lo ofreció a Camila.

–¡Gracias!... ¡Qué galante!... ¡Pero qué chambón! –añadió riéndose–. Voy a guardarlas –dijo después con repentina seriedad.

Francisco sintió crecer la luz interior de su alma. Sin analizar sus sensaciones, le había causado dulcísima alegría lo que Camila acababa de decir.

–Luego se ofrece para remedio –siguió Camila–, y cuando se necesitan no las hay.

Francisco frunció el entrecejo y sintió que su corazón se oprimía.

–Para guardarlas para remedio –dijo con sequedad–, no vale la pena hacer tanto alboroto al verlas y espinarse los dedos pa cortarlas.

Camila levantó la cabeza, miró a Francisco con expresión cariñosa al par que burlona, y exclamó:

–¡Pero qué tonto eres!... Cuando están frescas son muy bonitas; pero ya secas, no sirven más que para remedio... y las corta una para las dos cosas.

Esto le pareció a Francisco una majadería, y hasta allá en lo más hondo de su espíritu, lo tuvo como una mala acción.

Cleto trajo una canasta de higos y duraznos, negros y con grietas aquéllos, blancos y teñidos de suave rojo los segundos. Sobre ellos se acomodaron algunos chiles verdes lustrosos como si fueran de cera, y no pocos elotes en su cubierta por cuya punta asomaban dorados cabellos.

Las nubes que habían asomado tras los montes lejanos, blancas como enormes copos de algodón con ligeros toques plomizos, habían tomado un tinte ceniciento, y agrandándose, se iban corriendo hacia el sur. Recias ráfagas de aire húmedo soplaban a intervalos, trayendo intenso olor a tierra mojada. En el seno de las nubes culebreaban los relámpagos cuyo trueno resonaba sordamente, amortiguado por la distancia.

–En un descuido nos mojamos –dijo Camila.

–Sí: no tarda l'agua –afirmó Francisco con convicción–. ¡Vámonos!

En un instante montaron. Francisco cogió la canasta de manos de Cleto, y despidiéndose de éste, tomaron al galope la tortuosa senda. Ya iban lejos y todavía Cleto les gritaba:

–¡Váyanse apriesita!... ¡Que cómo está el amo y la señora!... ¡Munchas saludes!

Don Pedro los esperaba impaciente y malhumorado. Cuando llegaron les dijo:

–¿Qué hacían, hombre?... ¡Nos vamos a dar una mojada del demonio!

Montó a caballo, y dirigiéndose a Francisco, le gritó:

–¡Tú vente con nosotros!... ¡Ai Tiodoro que se quede desenguerneciendo y juntando la herramienta!

Brilló un relámpago seguido de un trueno, y se desató el aguacero acompañado de recio viento que azotaba con la lluvia y la desmenuzaba, formando tupida niebla que impedía ver a corta distancia. Los gañanes, reuniendo sus yuntas, se guarnecieron debajo del carro, los regadores corrían uno tras otro a lo largo de la vereda, y los tres jinetes galopaban hacia la hacienda. Francisco había cubierto a Camila con su capote, y con los brazos cruzados y encogiéndose lo más que podía bajo su ancho sombrero, aguantaba el chaparrón. Los truenos retumbaban sin cesar, iluminando el campo con azulada luz; los caballos se hundían en el barro; las reses con la cabeza gacha permanecían inmóviles bajo el exiguo follaje de los güisaches, y por acequias y bajíos comenzaban a correr turbios regatos.

–¡Jesús, María y José! –exclamó al verlos doña Petra que los esperaba impaciente–. ¡Cómo vienen!

–Un buen baño –dijo Camila saltando ágilmente de su cabalgadura...–. Sobre todo, el del pobre de Francisco que me dio su capote.

–Yo orita me cambio, y ya está –observó el aludido.

–¿Tú, Pedro, no te mojaste? –preguntó doña Petra con ansiedad.

–¿Cómo no? Pero no tanto... La capa defiende bien.

Mientras los demás entraban a la sala, Francisco, entregando al mozo los caballos y la canasta de fruta, se fue a su cuarto a cambiarse ropa. Un momento después volvió a la sala.

–¿Y las flores? –preguntó a Camila.

–¡Para flores estaba!... Las tiré... ¿Cómo agarraba el capote y la rienda?

Francisco sintió que su pecho se oprimía. Iba a hablar, pero le contuvo don Pedro diciéndole:

–No dilata un venidazo del demonio... Nomás que amaine tantito, que salgan los de los maíces a regar... Que no se quede ni uno... Y nosotros seguiremos haciendo besana.

La lluvia, más débil cada vez, iba cediendo. Los truenos resonaban distantes y se oía por todas partes el rumoroso correr del agua. De pronto, los rayos del sol iluminaron el espacio intensamente azul e hicieron brillar las hojas de los árboles que parecían de un verde más jugoso y nuevo.

Francisco preparaba los trabajos que se le habían ordenado y que tendrían que verificarse, quizás, durante la noche. El sol declinaba entre nubes de oro. En una ráfaga de aire, llegó un rumor sordo y profundo como la resonancia de un trueno lejano.

–¡La venida! –repetían hombres y mujeres.

Y apareció en la acequia del agua de pie, enturbiándola, negra cubierta de sucia espuma y empujando trabajosamente basuras y ramas secas que parecían querer agarrarse a las yerbas de la orilla. La corriente llenó la acequia hasta lamer los troncos de los álamos plantados en lo alto de las márgenes, y rebasándolas, se extendió en tranquilo charco a lo largo de su curso.

Don Pedro y Francisco pasaron la acequia por un puentecillo de ramas y se dirigieron al arroyo. Hombres, mujeres y chicos, estacionados en la orilla, miraban atentamente, con una especie de fascinación, pasar el agua. La creciente era formidable: llenaba casi el ancho y profundo cauce del arroyo. La negra corriente se retorció en las desigualdades de su lecho, cubriéndose de espuma, mugiendo sordamente. En los huecos que su mismo empuje había socavado formaba un suave hundimiento para elevarse

después en alta comba, de la que bajaba con mayor velocidad. Al llegar a la presa que, deteniendo la arena arrastrada por las corrientes había elevado el fondo del arroyo, nivelándolo en un largo trecho, la creciente se amansaba, corría tranquila, pero en seguida, con rapidez vertiginosa, se lanzaba hacia abajo, y parecía como si sus chorros enormes se hundieran en la tierra para surgir hervorosos, formando cendales de niebla y lanzando a lo alto copos de espuma.

–Ésta dura toda la noche –dijo don Pedro–. Pero de todos modos es necesario apurarles a aquéllos.

Cuando regresaron ya había entrado la noche. Cantaban las ranas y los grillos; el aire era húmedo y suave, y de todas partes surgía un olor penetrante a tierra mojada, a hierba nueva; olor de la naturaleza cuando las lluvias la fecundan.

Una hora más tarde, siguiendo a la distancia a la gente que por diversos atajos se dirigía a las labores, caminaba Francisco. Los trabajadores, penetrados de la misteriosa y fecundante frescura que emanaba de la tierra, cantaban y reían. Francisco iba triste. Los alegres cantos del hombre, los rumores de la naturaleza tan soberanamente gratos al alma del campesino, le llenaban de honda angustia. La noción confusamente notada, de que un incomprendido deseo vivía en su corazón, deseo sin objeto, suelto y extraviado, como pájaro ciego que no halla dónde posarse, le pesaba sobre el pecho y le ahuecaba el cerebro; y quería correr furiosamente, sin fin determinado, como aquella agua negra que llenaba el arroyo, pasando, pasando sin cesar.

III

Francisco no descansó un momento durante la noche. Como el riego estaba dividido entre las labores en que debía hacerse la besana de la hacienda y las pertenecientes a los medieros, a gran distancia unas de otras, era preciso recorrerlas constantemente para evitar que los regadores *perdieran el agua*. Entre aquellos hombres que, hundidos en ella hasta las rodillas, mojados y salpicados de barro, azadoneaban en la oscuridad de la noche, sin más guía que el opaco brillar del agua y su gran conocimiento del terreno en que la extendían, había muchos de recto corazón y buena voluntad que trabajaban a conciencia, cumpliendo a toda costa con su deber, en el trabajo perteneciente a la hacienda o en el que tenían que compartir con ella; pero muchos otros, los más, no bien volvía la espalda Francisco o el mayordomo que le ayudaba, sentábanse a *chupar* o se echaban a dormir en un altozano, junto al tronco de un güisache. A la mayor parte de ellos, sólo la energía de Francisco la mantenía en el trabajo. El contento que les produjo la venida que significaba la salvación de las cosechas, había ido cediendo al cansancio. Nadie hablaba. El agua murmuraba dulcemente, corriendo bajo las cañas. Se oía el acompasado golpear de los azadones y el jadeo de los regadores. Francisco recorría de arriba abajo las enormes tablas de tierra, en que su caballo se hundía hasta la cincha. Una voz gritó a lo lejos:

—¿On tá don Francisco?

–Aquí... ¿Qué quieres?

Un bulto se acercó.

–Síñor, vengo a'visarle que ya Melesio tapó diatiro l'agua en su partidór.

–Vamos a ver.

Poco a poco, hundiéndose y chapoteando en el barro, se dirigieron al punto indicado por el regador. Éste había dicho la verdad: toda el agua que corría, negra y espumeante, por la acequia principal se lanzaba, merced a una *contra* de ramas y piedras, al *máiz* de Melesio, doblando las cañas y haciendo *ajiladeros*, para ir a perderse en la honda vega que la conducía de nuevo al arroyo.

–¡Melesio!... ¡Melesio! –gritó Francisco.

–¡Mande usté! –contestó aquél desde el centro de su labor.

–Pero, hombre, ¿por qué tapas toda l'agua?... A los de abajo no les llega nada y a ti te perjudica... ¿Qué diablos tienes?

–Pos si es muy poca –dijo Melesio indolentemente–: con un chorríto no acaba uno nunca de regar... ¿Por qué no van a buscarla más arriba como juí yo?

–Orita mismo tumbas la mitá de esa *contra*... ¡Ándale! –le gritó Francisco colérico.

Melesio se adelantó perezosamente y se puso a arrancar con el azadón las ramas que las piedras y la arena, acumuladas por la corriente, habían afirmado.

–¡Vaya! –dijo Francisco más calmado–. Anda tú a ver si haces algo, y tú, con esa tienes si la repartes bien. Francisco y el regador que le acompañaba se alejaron, perdiéndose en la sombra. Entonces Melesio con las mismas ramas que había quitado volvió a echar la *contra*, y le puso encima las mismas piedras, pisando sobre ella para apretarla.

–Lo que falta que es el puro coleo –dijo entre dientes–, se riega solo, y si quieren que vengan a destaparla.

Y cogiendo su jorongo, se alejó a buen paso.

Cuando Francisco llegó a la besana de la hacienda, vio dos azadones clavados en el barro, y se detuvo en espera de sus dueños que, al cabo de un rato, aparecieron, acercándose lentamente.

—¿Pos qué sucede? —les preguntó—. Pero si hace medi'ora que los estoy esperando. Ya saben que hoy se necesita trabajar: mañana descansarán.

Y se alejó; pero no había andado cien pasos, cuando llegaron a su oído las siguientes palabras:

—¡Cordón éste! Era bueno que él se viniera a fregar.

Francisco se volvió.

—¿Qué dices tú? —gritó, dirigiéndose a una de las sombras.

—Nada —contestó sordamente el interpelado.

—¿Cómo nada?...

Francisco lanzó su caballo sobre el regador, derribándole en el agua.

La indecisa claridad del alba comenzaba a aparecer. Blancas y espesas brumas cubrían la extensión del valle, alzándose con perezoso movimiento hacia las cumbres donde se condensaban en gruesos nubarrones.

Todas las tierras preparadas se habían regado. Francisco ordenó al mayordomo que *remachara* los partidores y soltara la gente. Él, libre del trabajo material en que enérgicamente lo ocupara, volvía su pensamiento sobre sí mismo. No tenía ambición; trabajaba por deber, por gratitud a don Pedro y porque no sabía hacer otra cosa; pero algo en el fondo de su corazón se sublevaba contra aquella vida de monótonos trabajos, sin deseos ni goces; y su fantasía vislumbraba un objeto indeterminado que escapaba a la ruda comprensión de su cerebro. Entre las sombras de su existencia aparecía un punto de luz que le hacía estremecer y que reanimaba la laxitud de su espíritu... Y Francisco oprimía con las piernas al caballo que saltaba hacia adelante con la celeridad del relámpago.

Cuando llegó a la hacienda encontró a don Pedro en la puerta de la casa.

–¿Qué tal, acabaron?

–Sí, señor... Nadie se quedó sin regar, y nosotros regamos toda la tierra...

–¡Vaya! No estuvo malo... Oye, háblale a Juaquín para que vaya con el coche a la Estación... y vente a desayunar a ver si te acuestas un rato.

Un cuarto de hora después Francisco se tendió vestido en su cama, y dando vueltas en su imaginación a sus confusos anhelos, se quedó dormido.

Doña Petra y Camila andaban aquel día muy atareadas. Esperaban visita, y comenzando por la sala habían hecho limpieza general. Las dos lo hacían todo, ayudadas del mozo solamente cuando se trataba de meter o sacar muebles pesados. En la casa de don Pedro, como en todas sus similares en la comarca fronteriza del norte, aunque sus dueños eran más que medianamente ricos, toda la servidumbre se componía de un mozo que, así acarrea el agua y servía la mesa, como cuidaba de los caballos y ordeñaba las vacas; y de una criada que hacía la comida, *molía y echaba tortillas* y lavaba y planchaba la ropa. Las dos amas barrían y aseaban la casa, y en ocasiones de empeño, echaban su cuarto a espadas en la cocina para confeccionar los guisos que requerían algún arte.

Doña Petra era una señora prudente y reflexiva, pero algo blanda de carácter, y no ejercía con su hija más autoridad que la que ésta, cariñosa y razonable siempre, quería concederle. Una y otra se trataban con amigable desenfado, y durante sus diarias faenas, el genio retozón y alegre de la muchacha se comunicaba al de la señora, y se pasaban las horas muertas dale que le darás al zorro o a la escoba y charlando con animación sobre cualquier nonada.

Habían llevado una cama a la sala.

–¿Dónde será bueno ponerla? –preguntó doña Petra.

–Allí, en aquel rincón.

–Quién sabe si quedará muy enfrente de la ventana...

–Es verdad –dijo maliciosamente Camila–, y puede el niño coger un aire.

–Entonces allá –dijo risueña doña Petra–. ¿Qué te parece?

–Sí: allá estará mejor... Es necesario cuidarle mucho porque es prenda fina.

–Anda, no vaya a castigarte Dios y...

Camila hizo un gestecillo inexplicable, a tiempo que ella, de un extremo y su madre del otro, levantaban la cama para ponerla en el lugar indicado.

–¿Así está bien?

–Yo creo que sí.

–Ora, tráime fundas y sábanas limpias.

Camila fue a la pieza contigua y volvió con un montón de ropa que arrojó en la cama.

–¿Cuáles? –preguntó, desdoblando una sábana cuyo tinte débilmente amarillento denunciaba su poco uso–. ¿Éstas?

–Las de lino –indicó doña Petra.

–¡Caramba! –exclamó alegremente Camila–. ¡Ni que fuera el Señor Obispo!... ¡Uy! –añadió extendiendo la misma sábana con brioso movimiento de sus brazos–. Éstas deben de ser del tiempo de acá.

–No tanto, no tanto: de cuando me casé.

–¿No tanto, y de eso hace ya cincuenta años?

–¡Qué bárbara!... Si ni siquiera los tengo.

El mozo apareció en la puerta:

–Señora, que si se ponen dos o tres gallinas...

Doña Petra se volvió hacia su hija y le preguntó:

–¿Cuántas será bueno?

–Tres... Siempre es mejor que sobre y no que falte.

–Tres –repetió doña Petra, dirigiéndose al mozo–. Y dile a Tomasa que voy allá.

La cama quedó lista con estirada sobrecama de brocatel verde y oro y dos infladas y blancas almohadas que le daban cierto aire de tiesura.

–Esto ya está –dijo doña Petra–; vamos ora al comedor.

Sacaron de la cómoda platos, vasos, tazas, cucharas, todo lleno de polvo. Una gran tina de agua con *amole*, que había sobre la mesa, se destinaba a dejarlos limpios y relucientes. Comenzaron a meter en ella la loza y a fregotearla con ágiles maniobras, hasta que rechinaban las piezas al roce de los dedos.

–Ora –dijo doña Petra– ponemos uno de los manteles de alemanisco que compramos el año pasado: el de flores.

–No –observó Camila–; es más bonito el de pájaros...

–Y que no se te vayan a olvidar las servilletas.

–Estoy segura de que papá no va a hallar qué hacer con la suya.

–Pobre de Pedro; pero a él no se le da nada: si le estorba, la hace bola y la tira... Ya verás.

–Al cabo Antonio es de la casa y de confianza, además de que en los Estados Unidos son bien despreocupados... ¿Cuántos años estuvo allá?

–Diez completos. Mi primo le decía que viniera a pasar las vacaciones; pero él nunca quiso hasta acabar.

–¿Diez?... Yo creo que más, porque apenas me acordaba de él.

–Oye –observó repentinamente doña Petra–. ¡Quién sabe si no le guste el chile!

–¡Que se acostumbre otra vez! Es cuestión de que llore un ratito. Nos divertiremos...

–Siñora –dijo el mozo apareciendo de nuevo–, dice doña Tomasa que le haga favor d'ir p'allá tantito.

–Ya voy, hombre, ya voy.

Doña Petra salió. En la cocina era indispensable su presencia. Tres gordas gallinas, ya cocidas, yacían sobre una bandeja mostrando su descañonado pellejo, en espera de la mano inteligente que, descuartizadas y con las sabrosas especias del caso, las arrojara a la cazuela. La señora cogió el cuchillo y comenzó la delicada operación, mientras la criada atizaba la lumbre y levantaba de vez en cuando las coberteras de las distintas vasijas en que se espumaba el *puchero*, hervían los frijoles o se espesaba el arroz.

Camila daba la última mano a los enseres del comedor. Tendía sobre la mesa el blanco mantel que, conservando los viejos dobleces, quedaba algo ahuecado; colocó el rintero de platos y el ventruado botellón de barro; puso los vasos, distribuyó los cubiertos y arrimó las sillas, retirándose después para verlo todo desde lejos y mejor juzgar del conjunto. Durante sus maniobras pensaba en la próxima visita de su primo Antonio. Era indudable, por lo que había observado en su último viaje a la ciudad que la consabida visita era para ella. Desde el punto de vista del sentimiento, aquello le era indiferente, pero halagaba su vanidad, y apenas perceptible en el fondo de su conciencia, se dibujaba el deseo de coquetear un poco, sin compromiso, sólo por una curiosidad indefinida, pero fuerte. Ella no tenía los grandes recursos de las cortesanas, pero sabía dar expresión a sus ojos y era maestra consumada en *hacer* coqueterías, mas desde el fondo de su ser, aparecía la imagen de Francisco, rancharo y desgarrado; con la perspicacia común a todas las mujeres, sospechaba que *algo* había en el corazón de Francisco, aunque tal vez él no acertaba a comprenderlo, y sonreía a su imaginación, con el placer del hallazgo, la novedad de aquel caso.

Andaba trajinando desde el amanecer y no había tenido tiempo de arreglarse. Vestía una falda de indiana desteñida

por el uso, bajo un delantal de kintoki manchado de grasa y polvo. Las dos bandas de su floja cabellera, cubriéndole las orejas, flotaban a su espalda unidas en gruesa y descuidada trenza. Una vez terminada su faena en el comedor, se dirigía a la cocina a ayudar a su madre, cuando el coche se detuvo en la puerta, y Antonio apareció en el zaguán, sin darla tiempo de esconderse. Avanzó a recibirle, Antonio, quitándose correctamente el fino pajero, le tendió la mano.

–Bueno días, Camila...

–Buenos días, Antonio... ¡Dispéñeme!... ¡De qué fachas me encuentras!

–No tenga cuidado... Ya sé que es usted muy trabajadora.

–Nada de eso... –dijo Camila poniéndose colorada–. Pase, pase.

Y a la vez que lo decía empujaba la puerta de la sala, que caía al zaguán, sin conseguir abrirla.

–Está cerrada... Con el permiso, voy a abrirla.

Y echó casi a correr, no tardando en abrir la puerta, a cuyo acto acompañó una sonrisa. Antonio entró.

–Siéntese y dispéñeme un momento... Voy a avisarle a mamá. Papá anda en la labor, pero ya no tarda en venir.

Y salió rápidamente.

El cochero entró y colocó en una de las sillas la maleta de Antonio, un sombrero *chilapeño* que aquél traía para defenderse del sol, unas polainas y un rifle.

Antonio era de alta estatura, blanco, con ojos verdes y pelo castaño claro. Tenía frente despejada, grande la nariz, la barba aguda y saliente. Iba completamente afeitado y su largo cabello, partido por el medio, se doblaba hacia atrás, terminando en violento corte horizontal. Vestía camisa de color con cuello bajo, corbata de lazo, americana de franela

listada, sin chaleco, cinturón de cuero rojo, estrechos pantalones y borceguíes colorados. En la solapa llevaba prendida una gardenia. Sentado en un mecedor miraba los cuadros y retratos que había en la sala.

Cuando doña Petra apareció sonriente y un poco cortada, Antonio se levantó vivamente y le estrecho la mano.

–¿Cómo está usted Petrita?... ¿Cómo está mi tío?

–Bien... Gracias... Siéntate.

–¡Qué fresca y qué alegre es su casa! –dijo en seguida, acompañando sus palabras de una vaga mirada en torno suyo.

–¡Anda, qué alegre ha de estar!... Como todas las casas de rancho, feas y sucias... Fresca, eso sí... como está un poco alta...

–Pues yo la encuentro muy cómoda y bonita.

–Y por supuesto –interrumpió doña Petra–, ¿piensas establecerte en San Diego?

–Según... Si no halló allí trabajo, tendré que irme a otra parte.

En este momento entró Camila. Se había hecho un gracioso peinado y se había puesto un poco de polvo en la cara. Vestía un traje de linón blanco, adornado con encajes. Antonio se levantó otra vez para saludarla. Hubo un corto silencio.

–Me preguntaba Petrita –dijo Antonio– si me radicaría definitivamente en San Diego... Yo le digo que sólo que no halle trabajo...

–Pero yo creo que no ha de faltarle.

–Pues no crea usted, a veces...

–¿Pero se hablan de *uste?* –preguntó doña Petra sonriéndose–. Son parientes muy cercanos.

–¡Como hacía tanto tiempo que no le veíamos!... Se pierde la costumbre.

–Pero ya volveremos a ella –dijo Antonio sonriendo y mirando expresivamente a Camila.

–Es difícil; sin embargo...

–Decía –continuó Antonio– que luego la patria es algo dura con sus hijos. Allá me sobraba trabajo, y bien retribuido, pero papá se empeñó en que me viniera... Y no; todavía no me pesa.

Y dirigió otra mirada a Camila. Ésta sonrió ligeramente.

Doña Petra tuvo que salir. Entre Camila y Antonio hubo un momento de embarazo. El primero lo rompió diciendo:

–Mire usted, me permití traerle esta...

Y se desprendió la gardenia ofreciéndosela a Camila.

–Gracias –dijo ésta tomándola.

Quiso prendérsela al pecho, pero no hallaba alfiler. Antonio lo advirtió.

–Tome usted éste...

Camila dio nuevamente las gracias, a lo que sucedió un nuevo silencio. Ambos se miraron; pero antes de que se reanudara la conversación, apeándose del caballo en el zaguán, entró don Pedro.

–¿Qué hay, negro? –dijo a Antonio abrazándole-. Siéntate... Hace un sol del demonio... Déjame tomar un trago de agua... Con tu permiso.

–Se la traeré, papá –dijo Camila levantándose.

–No, no: estate; yo voy.

Francisco apareció en ese momento. Acababa de levantarse, y venía con los ojos colorados y la ropa en desorden. Se quitó vivamente el sombrero y avanzó a saludar a Antonio que apenas se levantó.

–Es Francisco –observó Camila.

–¡Ah! –dijo Antonio, haciéndole un saludo más cordial-. Ya no le conocía: ha cambiado mucho.

–Usté también –tartamudeó Francisco.

Y se sentó. Sus ojos se fijaron en la gardenia que llevaba Camila tan cuidadosamente prendida al pecho, y una violenta desazón le invadía por grados. Sin embargo, tuvo la serenidad necesaria para sufrir un rato más, y al parecer, ajeno a la conversación de Antonio y Camila, no perdía sílaba de ella y observaba las miradas y sonrisas que aquellos cruzaban de continuo, entre alegre y animada charla.

Camila, al entrar Francisco en la sala, había sentido un ligero golpe en el corazón, y dirigía a Antonio miradas más intensas y palabras más intencionadas. La aparente indiferencia de Francisco la desorientaba un poco, pero, a la vez, la animaba a hacer más ostensible su amabilidad con Antonio, observando de vez en cuando la cara de Francisco para notar la impresión que aquel espectáculo representado en su honor le producía. Francisco cambiaba de postura a cada momento, oleadas de sangre le subían al rostro y se le bajaban en seguida, dejándole pálido y como un muerto. La conciencia de estar en ridículo le causaba violento malestar; pero no hallaba el medio natural de romper aquella situación, y retirarse. “A él nada le importaba que Antonio regalara flores a Camila, ni que ésta tratara a aquél con semejante amabilidad. Si eran novios o estaban en camino de serlo, él nada perdía ni ganaba por eso. Estaba molesto, sentía un vago sufrimiento porque no le gustaba ser inoportuno testigo de semejantes escenas: parecía que estorbaba y que le hacían poquísimo caso. Su situación era desairada y ridícula. Debería hacer un esfuerzo y largarse. Lo haría”... Pero la voluntad se negaba a obedecer con una dejadez incomprensible. Se quedaba obedeciendo a una necesidad, a un deseo profundo de observarlos, de no dejarlos solos; deseo que se oponía abiertamente con la indiferencia que, a la vez, le parecía sentir. Esta contra-

dicción inexplicable le asombraba, pero no insistía mucho en ella. Repentinamente, sin que se repitiera el deseo de marcharse, su voluntad por propio impulso reaccionó; levantóse y de sus labios acudieron las siguientes palabras pronunciadas con sequedad:

–Con la venia...

Y salió de la sala. Aturdido y deslumbrado, se dirigió rectamente al lugar en que estaban los tiestos de Camila. Los examinó uno a uno, palpando las hojas y las flores... Claveles, violetas, rosales, una tuberosa y nada más. Aquella flor con tiesos pétalos, como de cera, no era de allí: la había traído Antonio. Y mientras se dirigía a su cuarto, con las piernas flojas y la vista nublada, veía en su imaginación la hermosa flor blanca, subiendo y bajando, lenta y suavemente, a impulsos del seno en que estaba prendida.

IV

Con don Pedro a la cabecera, a la derecha Antonio, doña Petra a la izquierda, junto a ésta Camila y Francisco frente a Antonio, comenzó a servirse la comida.

En la expresión reservada y tímida de Francisco se echaba de ver la molestia que experimentaba. Se le veía como de la casa, y ningún pretexto hubiera sido suficiente para disculpar su ausencia en la mesa. Además, aquella extraña comezón de observarlos, era un nuevo y poderoso argumento para vencer su repugnancia; y reflexionando en estas cosas, luchando con encontrados pareceres de su doble *yo*, se había encaminado al comedor, y sin llegar todavía a una decisión determinada, se sentó a la mesa.

El mozo, torpe y desorientado, entró sin hallar a dónde dirigirse, con dos humeantes platos, uno de caldo y otro de sopa de arroz.

–Aquí ponlos –dijo Camila, indicando un lugar junto a sí.

–Y trae las tortillas –indicó doña Petra.

Camila iba repartiendo el caldo y, a la vez, sirviendo la sopa que ligeramente roja, debido a los trozos de chorizos revueltos en ella, y adornada con rebanadas de huevo cocido y chilitos en escabeche, exhalaba un olor apetitoso.

–El que la quiera en el caldo que diga –observó Camila.

Sirvió primero a Antonio que porfió un poco para que don Pedro o doña Petra se quedaran con el plato, y en seguida a los demás. Al largar el suyo a Francisco lo acompañó con una rápida mirada y una sonrisa.

Las tortillas aparecieron en alto rimerero, blancas, esponjadas y humeantes. Doña Petra, pinchándolas con un tenedor, las repartió equitativamente.

–Están muy grandes –dijo, dirigiéndose a Antonio–; pero la criada no sabe echarlas más chicas.

–¡Están magníficas! –exclamó aquél–. ¡Hacía ya tanto tiempo que no las comía!

Don Pedro bebió el caldo con ruidosos sorbos y la emprendió en seguida con la sopa. Viendo a Antonio servirse del tenedor, para comerla, quiso hacer otro tanto, pero sin lograr usarlo a derechas, lo dejó, y con trozos de tortilla abarquillados entre el pulgar y el índice de ambas manos, pronto limpió su plato.

–Toma salsa, Antonio –le dijo doña Petra, arrimándole un platito con chile verde y *jitomate* molidos.

–Gracias; no la acostumbro...

–Éste ha de haber venido muy gachupín –apuntó don Pedro–. Daca acá.

Y sirviéndose una gran cucharada en una tortilla que arrolló cuidadosamente, comenzó a darle mordiscos con visible gusto. Doña Petra hizo lo mismo. Francisco pugnaba por manejar el tenedor entre sus dedos ásperos y nudosos, pero los sueltos granos de arroz se le escapaban como burlándose de su torpeza. Camila tomó unos cuantos sorbos de caldo y una pequeña cantidad de sopa.

–No come usted nada, Camila –dijo Antonio–. No sé cómo está usted tan bien.

–Así la verás siempre –observó doña Petra–. Comida muy poca; pero hablemle de dulces y fruta, y no hay quien le dé alcance.

Camila hizo un mohín que así podría significar asentimiento como protesta.

Vino en seguida la gallina en pipián, nadando en la espesa salsa roja con tintes amarillentos y difundiendo su grato y conocido aroma.

Don Pedro cuando tuvo delante su ración, cogió las piezas con los dedos, y a mordisco limpio, pintándose de colorado los labios y la barba, fue mondando los huesecillos del ave. Francisco comenzó a luchar con tenedor y cuchillo, pero la gallina se rebelaba y saltando de aquí para allá, salpicaba de salsa el mantel.

–¡Tírate a pie, hombre! –le gritó don Pedro soltando una carcajada.

Todos se rieron. Francisco se puso colorado, pero echándolo a broma y haciendo lo que le decían, siguió comiendo con toda comodidad. Siguieron los chiles rellenos, lampreados y embutidos de picadillo con pasas, piñones y nueces; y luego los frijoles refritos, chillando en la negra cazuela en que fueron traídos por disposición expresa de don Pedro a quien le gustaban con raspadura. Puso fin a la comida un platón de arroz de leche costrado, al que nadie dejó de hacer los merecidos honores.

–Mucho tiempo hacía –dijo Antonio–, que yo no comía como hoy.

–Pos si para abrir el apetito –indicó don Pedro–, no hay como el rancho... No es menester salir a caballo ni trabajar... Con el aire libre hay... Pregúntale a Francisco cuántas veces se ha enfermado... ¿Ni una vez, no?

–Pos no me acuerdo... De veras... –dijo el aludido.

–Pero, vaya, éste es de ayer –continuó don Pedro–. Yo que tengo sesenta años no me acuerdo haber estado de veras malo nunca... ¿Verdá, Petra?

–Nomás cuando te tumbó el caballo.

–Sólo a mamá y a mí no nos faltan achaques –dijo Camila.

–Es porque comen como pajaritos –observó don Pedro.

–¡Qué papá!

–Creo que tiene razón –dijo Antonio–, según por lo que he visto.

–Pero no es así siempre... Hay veces que no tiene una ganas...

–Yo siempre como regular –dijo doña Petra.

Francisco callaba, ocupado en desmenuzar sus cavilaciones.

Se levantaron de la mesa. Don Pedro se fue a dormir la siesta y lo mismo hizo Antonio, cediendo a las instancias de todos. Como le habían puesto la cama en la sala, las señoras permanecieron en el comedor, y Francisco volvió a sentarse en la misma silla que ocupara durante la comida. Doña Petra, guardando la loza, entraba y salía a cada instante.

–Francisco, ¿por qué estás tan triste, hombre? –le preguntó Camila.

–¿Triste? ¿Pero por qué?

–Es lo mismo que te pregunto.

–Pero si no hay tal cosa... Lo que sucede –dijo como quien se resuelve a arrojar de una buena vez el peso que lleva encima–, es que no sé por qué está uno así, como si no esperara nada, como si estuviera preso por vida.

Camila se rió.

–Eso sí que es curioso –dijo–. A mí se me hace que estás enamorado... ¿Se puede saber de quién?

–¿Enamorado? ¿De quién había de estar enamorado?

–¿Cómo de quién?... Luego Juliana...

–¡Y dale con Juliana! –dijo Francisco con energía–. Ya te he dicho que a derechas ni la conozco.

–Entonces ¿de quién?

Hubo un instante de silencio. Camila, de espaldas a Francisco, doblaba las servilletas y las guardaba en la alacena.

–Pero si ya te dije que no es eso –contestó Francisco con voz temblorosa y ronca–. Es que a veces siento como si ustedes todos se hubieran muerto... ¿Me entiendes?... Como si se hubiera acabado la hacienda y toda la gente que conozco... y yo sobrara.

Camila rió con más ganas que la vez anterior.

–Pues si no estás enamorado –dijo–, estás loco.

Francisco sonrió tristemente.

–Tú sí que has de estar enamorada –dijo con inseguridad.

–¿Yo? –preguntó Camila, abriendo mucho los ojos y dando a su cara expresión de asombro y burla.

–Pos luego esa flor...

–¡Vaya!... Me la dio; no la había de tirar. Además, me gustan mucho las gardenias... Pero por lo demás...

E hizo un gesto arrugando las narices y sacando la punta de la lengua, a la vez que con un rímero de platos se dirigía a la cocina.

Francisco sintió que la ruda mano que le oprimía constantemente el corazón acababa de abrirse, y se levantó con la cara animada y alegre.

–Don Pancho –dijo el mozo–, ahí le hablan.

–¿Quién?

–Unos del Moral.

Francisco salió. Tres hombres con el sombrero en la mano, luciendo sus abultadas greñas, y con sendos cobertores al hombro, le esperaban. Uno de ellos, el más viejo, traía en la mano un grueso garrote. El más joven era Cleto, el hortelano del Moral, que con la cabeza gacha y marcada expresión de cortedad, estaba entre los otros dos.

–Buenas tardes –dijo Francisco.

–Buenas tardes les dé Dios, señor –contestaron a una los tres hombres.

–¿Qué andan haciendo?

–Pos señor –dijo el viejo del garrote, señalando a Cleto–, venemos aquí a entregar a su mercé este hombre.

–¿Pero por qué?... ¿Pos qué ha sucedido?

–Pos señor, estábamos yuú Muñiz en la labor anoche, ya noche... Yo acababa de tumbarle la silla al caballo y le había echao un rastrojito cuando llegó corriendo el muchachío Jelipe, el más chiquío... No podía ni hablar la criatura... Venía a decirme que Nemesia se había juído con este hombre... Me quedé de una pieza, señor... Ensillé de güelta y me juí al rancho... Ya llegué y le pregunté aquella qué había sucedido... Dice que dende que me juí a la labor, la vio que entraba y salía con mucha inquietú, y en una descuidada que aquella se dio, se le desapareció... Aquélla, ya con la malicia, la buscó por todas las casas sin poder encontrarla, jué al báule onde Nemesia guardaba sus trapos y lo jayó vacío... No faltó quen le dijera... Croque el hijo de Quirino... Que la llevaba Cleto en ancas, al galope, por la vereda que va al Barrial... Yo vide al Juez y le di parte... Hicimos gente, y como al querer amanecer, los alcanzamos en parejo de Cerrogordo... Este hombre no hizo resistencia; pero su mercé ya ve que ha hecho una mala aición, sonsacando a una muchacha que vive al amparo de sus padres, y quero y pido que se castigue.

Cleto a todo esto, con la cabeza gacha y dándole vueltas al sombrero entre las manos, no había dicho palabra.

–¿Qué dices tú d'esto? –le preguntó Francisco.

–Pos que es muy verdá... ¿Cómo se lué de negar a su mercé?

En esto, el padre de Cleto, un hombre viejo, alto y fornido, de negro rostro, lampiño y con las mismas greñas e igual jorongo, apareció en la puerta.

–Buenas tardes les dé Dios, señores.

–Buenas tardes, don Alcario.

–Pos, señor –dijo el viejo con una media sonrisa–, ya sabrá su mercé lo que ha pasao... Yo, Dios me libre de decir que Cleto ha hecho bien. Pero creo que se tendrá alguna consideración con el muchacho... La falta de esperencia es la que hace estas cosas... Si él se hubiera acercado a mí y díchome: “padre, quero casarme”, no sería yo el ingrato que se lo quitara de la cabeza... no, señor... Y créame su mercé, como hay Dios, que hubiera dao los pasos que se hubieran menester, por derecho y a la luz del sol, sí, señor... Ya su mercé bien sabe quen es cada quen... Y no es por apropiarme, pero todavía no hay naide que me escupa la cara... Ora es lo que yo digo, yo estoy pronto a remediar el mal, y a qu’esto termine en güena conformidá por los dos laos... Como es justo... ¿No le parece a su mercé?

–Sí, y creo que Julián quedará conforme con que haiga un arreglo.

–Sí, señor... Si todo está bien –contestó el aludido–; pero que se castigue el abuso.

–En fin –dijo Francisco–, no dilata en levantarse don Pedro y él los arreglará.

–Pos seguro –dijo el padre de Cleto–. ¿Quén como el amo que’s el padre de todos?

No acababa de decirlo cuando don Pedro entró en el escritorio. Venía sudoroso y displicente, enjugándose el pescuezo mojado de sudor, con un enorme pañuelo rojo.

–¿Qué hay, muchachos, cómo les va?

–¿Cómo le vá su mercé? ¿No ha tenido novedá... Bien... Gracias a Dios.

Don Pedro enterado del caso, dijo:

–Pos, hombre, esto ya no tiene más remedio que este trastajo se case con Nemesia... ¿Pos qué otra cosa?

–Sí, señor, pero el abuso no ha de quedar así nomás... Yo quero y pido que se castigue.

–Pero, hombre, no siás tonto: si remetimos a éste, te citan a ti también y a la muchacha, y ái tienen que andar perdiendo el tiempo quince días en vueltas, para venir a parar en lo mismo, en que se casen, porque ¿qué otra cosa?

–Pos sí, señor –dijo el padre de Cleto–, si ora don Julián quere que haiga ese arreglo, yo doy mi consentimiento y ayudaré al muchacho... ¿Qué dices tú d'eso? –preguntó a Cleto.

–Pos, señor –dijo éste agachando más la cabeza y manoseando la toquilla de su sombrero–, yo no quero casarme.

–¡Ora sí que estamos bien! –exclamó don Pedro–. ¿Pos luego?

–Pos no, señor... Yo digo la verdá. Cuando le hablé a esa señora, le hablé p'así nomás... Ella consintió y así quedamos.

–Bueno –dijo don Pedro–, entonces te remito, porque sacastes una muchacha, hija de familia, de su casa, y el padre se queja.

–Pero, hombre –dijo el padre de Cleto a éste–, si lo hiciste con intenciones de dar otro paso, dilo, en buen terreno estamos...

Cleto seguía rascando los adornos de su jarano y no contestaba.

–Si tuvites vergüenza dicirme, y'hicites lo que hicites con ese fin, no lo niegue... Se hace el deber y sanseacabó.

–Pos no, señor –tartamudeó Cleto.

–De modo –dijo don Pedro–, que no quieres casarte.

–Pos no, señor.

–¿Te remito, pues?

–Pos sí, señor.

–Bueno –dijo don Pedro a Francisco–, enciérralo en la galera, y mañana que lo conduzcan por cordillera.

Todos se retiraron, y don Pedro, risueño y alegre, fue a reunirse con su familia y con Antonio que le esperaban en la sala. Contóles lo ocurrido y Antonio preguntó:

–¿Es alguna muchacha esa Nemesia?

–¡Qué muchacha ni qué demonio! –contestó don Pedro–. Ha tenido ya dos hijos.

–Luego, tiene razón Cleto en no querer casarse.

–Si no se casa, no es por eso: éstos se fijan poco en esas cosas; sino que es un pícaro de marca el tal Cleto... ¿Con que mañana es la cacería?

–Sí, señor.

–Si Dios es servido, pajarito –apuntó Camila.

–Por supuesto; de lo contrario, nos quedaríamos con las ganas.

–Necesitan irse muy de madrugada pa que lleguen a la sierra a buena hora. Francisco irá contigo y se encargará de tocarte la puerta.

–Y es menester encargar a Tomasa que se levante temprano para que les haga el desayuno –dijo doña Petra.

–Dentro de un rato –indicó Camila– les hacemos el bastimento.

–¿Pero cómo van a molestarse?

–¡Vaya una molestia!

–A ver qué tal se porta don Antonio –dijo campechanamente don Pedro–. ¡Como no vaya a venir pidiendo un cabito de vela!

–¡Qué papá! ¡Con siete leguas escasas!

–No sabiendo montar no se necesitan tantas: con una hay.

–Yo creo que no soy tan chambón.

–Eso no se aprende con los gringos –dijo don Pedro riendo.

–No lo crea, tío; también por allá hay buenos jinetes.

–Pos será; pero los caballos que train de allá no tienen gota de rienda ni movimientos... Pareso los extranjeros

son la marrana... Todavía me acuerdo de los franceses. Salía la caballería a hacer ejercicio y era cosa de risa. Venían al trote, saltando los soldados media vara sobre la silla... Y qué trabajos pa voltiar... Abrían los caballos tamaño hocico. Y cuando arrancaban, ni quien los volviera ver: iban apalancados con las dos manos en las riendas a pararse ónde a los caballos les daba la gana. Otra vez te contaré espacio lo que hacían los rancheros que andaban con Zepeda y Viesca en las escaramuzas que tenían con las columnas volantes...

Conducida por el mozo, apareció una canasta de *perones* recién cortados, amarillos y olorosos.

–Los que tienen colorcito son los más dulces –advirtió don Pedro, dirigiéndose a Antonio–. Te lo digo porque tú ya no te has de acordar.

El buen don Pedro no se entretenía en pelarlos. Frotábalos con la palma de la mano, y de tres mordiscos, devoraba uno tras otro con insaciable apetito. Advirtiendo que doña Petra le miraba con inquietud, dijo, masticando a dos carrillos:

–No hay cuidado: éstos no hacen daño.

En aquel momento entró en la sala una mujer desgarrada y sucia, cubierta la cabeza con un deshilachado rebocillo azul. Un chicuelo casi desnudo, lleno de arriba a abajo los trapos de costras, se agarraba con ambas manos a las faldas de la mujer, como queriendo esconderse entre ellas.

–Buenas tardes les dé Dios, señores.

–¿Cómo le va doña Jesusa? ¿Qué se le ofrece?

La mujer empezó a sollozar, limpiándose los ojos con la punta del rebozo.

–Señor –dijo a tropezones–, venía a’ablar con su mercé... porque hace diez días que no tengo ni un grano de maíz... Don Pancho dice que su mercé le ha dao orden

de que nomás a los que trabajen les dé... Aquel hombre la semana pasada no trabajó... y no nos dieron maíz... Ayer se jué a la villa y orita vino tomado, y como eso le dura días, esta semana tampoco trabaja... Y yo, señor, y esta probe criatura ya nos muremos de hambre... Los vecinos ya no me quieren prestar maíz... Yo se lo dije aquel hombre, pero me pegó, señor... Mire nomás su mercé...

Y levantándose la manga, mostró el brazo izquierdo lleno de cardenales.

—...Y yo dije: voy a ponelo en conocimiento del amo, a ver si por vida de la niña me quere dar maíz...Yo les desquitaré a las señoras el día que se ofrezca, lavando o en cualquier otro quihacer... Yo lo que quero, señor, que esta probe criatura tenga siquiera la gorda...

—Pero, doña Jesusa —dijo don Pedro—, ya sabe que aquí hay quien lave y haga los demás quihaceres...

La mujer comenzó a llorar silenciosamente. El chiquillo se ocultó entre las faldas de su madre con ademán de miedo. Doña Petra y Camila miraron a don Pedro.

—Sin embargo —dijo éste, metiendo mano al bolsillo del pantalón y sacando un mazo de llaves—. Mira, Francisco, dale a doña Jesusa unos veinticinco litros de maíz.

—¡Dios se lo pague, señor!... —exclamó la mujer—. Ya me avisarán si me hace menester.

Camila se adelantó con algunos perones entre las manos.

—Llévese éstos —dijo a la mujer, echándoselos en el extremo del rebozo que ella extendió para recibirlos.

Las señoras trasnocharon preparando el bastimento para los cazadores: huevos duros, empanadas de frijoles y gorditas de harina, que deberían llevar a la grupa, en sendas alforjas, Francisco y el mozo que los acompañara. Dicha operación se hacía en la cocina, a la luz de una lámpara de

mano y de una gruesa vela de sebo. Las blancas alforjas que en manos de Camila mostraban su abierta boca, se iban llenando poco a poco.

–Puede que sea bueno echarles unos tasajos.

–No –dijo Antonio–. Para comerlos necesitamos acampar y hacer cocina.

–Sí –observó Francisco–. Al cabo llevamos quien haga la lumbre... Se echan en el rescoldo, se machucan con una piedra y son muy buenos.

–¿Los echamos? –preguntó Camila.

–Bueno... –dijo Antonio asintiendo.

–¿Qué más?

–¿Unas botellas de cerveza?

–Por mí, no.

–Ni por mí.

Una vez llenas las maletas, fueron trasladadas a la mesa del comedor, de donde las recogerían los expedicionarios al partir. Antonio, dando las buenas noches, se fue a acostar, y Francisco iba a hacer lo mismo, cuando Camila le detuvo.

–Oye –le dijo gravemente–, no vayan a correr a caballo en la sierra, ni a arrimarse a los toros... No vaya a suceder una desgracia.

–¿Tanto te intereso?

–Más de lo que te figuras –contestó Camila, cerrando tras sí la puerta de la recámara a donde había entrado en seguimiento de su madre.

La noche estaba serena. En el oscuro cielo brillaban las estrellas y extendía la Vía Láctea su faja débilmente luminosa. Apostados en corrillos, bajo los álamos, algunos vecinos trasnochadores cantaban a grito herido, la *tragedia* de Cleto y Nemesia, compuesta, en colaboración, por ellos mismos:

*El dieciocho de setiembre
miren lo que ha sucedido,
que con don Cleto Marines
Nemesia Flores se ha juído.
Muy pronto los agarraron,
pero de nada ha servido,
porque don Cleto les dice:
"No quero ser su marido".*

Francisco, alegre y experimentando extraña ligereza y bienestar, se echó vestido en el lecho y apagó de un soplo la velucha que ardía, en una silla, junto a él. Renacía la esperanza en su corazón, una esperanza vaga dibujándose apenas en un horizonte lejano, como los albores del día, y por lo mismo, más hermosa. En aquel instante el recuerdo de las últimas palabras de Camila le hacía temblar con emoción desconocida... Estaba lejos, muy lejos todavía el fin de sus deseos, pero avanzaba hacia él lentamente, y al cabo llegaría. Así en horas de cansancio físico y moral desaliento, veía esfumados por la distancia, los sitios que tenía forzosamente que recorrer, y el vivo paso de su caballo le llevaba a pisar el picacho, el mogote, la quebrada que tan distantes le parecían... Pero aquella luz se velaba con la tenue sombra de una idea... Quería arrojarla de su cerebro, no darle importancia, reírse de ella; pero ella se vengaba, quedándose allí, haciéndose más densa, y como si alguien le hablara al oído, escuchaba estas palabras: "¿Y si eso que te ha dicho es un modo indirecto de recomendarte que Antonio no se ponga en peligro?..."

A las dos de la madrugada Francisco se levantó y fue a abrir la puerta para ver si ya había llegado el mozo que debía acompañarlos. El cual estaba allí, sentado en el marco de la puerta, arropado en su cobertor, teniendo del cabestro su

pequeño y flaco caballo que con la cabeza gacha parecía dormir.

–¿Qué hay, Tiodoro?... ¿Ya es hora?

–Sí, señor... Ya han cantado los gallos como unas dos veces.

–Pos entra a ensillar.

Mientras Teodoro ensillaba los caballos, Francisco fue a despertar a la criada para que hiciera el desayuno. La vieja se levantó, y en un periquete, puso lumbre y anunció que el café estaba servido. Francisco llamó después a la puerta del cuarto en que Antonio dormía. No tardó éste en aparecer en el zaguán, frotándose los ojos, puesto el jarano que sujetaba por debajo de la barba con gruesa cinta negra, y abrochadas en torno de las pantorrillas las recias polainas de vaqueta. En la misma cocina y de pie tomaron el desayuno, y como estuvieran ya ensillados los caballos, Francisco y el mozo amarraron a los tientos de sus respectivas monturas las alforjas y los jorongos, pusieron las carabinas bajo el *arsión* y montaron. En el momento de salir, Francisco volvió los ojos a la ventana del cuarto de Camila y creyó ver moverse en el oscuro fondo una vaga forma blanca. Un momento después, acariciados por un airecillo fresco y tenue, trotaban en silencio, siguiendo el sendero que conducía a la sierra.

En lo más alto de ella, en las ásperas quebradas cubiertas de bosque, viven *enmogotadas* las reses *ladinas* que nunca bajan a los llanos. Su ligereza para correr y trepar por peñas y cumbres inaccesibles para los jinetes, les permite escapar al lazo de los caporales que en la época de herraderos y rodeos juntan el ganado en los corrales de la hacienda. Contra estas reses rebeldes que ninguna utilidad proporcionan a sus dueños, se organizan partidas de caza en épocas propicias, cuando el pasto está verde y los

animales gordos. Se baja la carne en burros o mulas y se vende en los ranchos de la comarca, o hecha cecina se lleva a los mercados cercanos. El toro ladino acude a los agujajes a ciertas horas del día, y torna a ocultarse en lo espeso del monte, y cuando está solo, acomete a los vaqueros que lo acechan.

En la oscuridad de la noche, guiados solamente por el instinto de los caballos, trepaban uno tras otro y paso a paso, por la escarpada senda que conducía a las cumbres. No veían en torno sino honda negrura, como si sobre estrecho puente fueran salvando un abismo. Esfumados por la sombra, los árboles aislados o las motas junto a los cuales pasaban, les parecían viajeros que se cruzaban con ellos o grupos de gente que, alineados y quietos, acechaban su paso. A cada racha de viento, se oía un misterioso susurro que, tenue al principio, iba creciendo hasta semejar el rumor de enorme cascada, y debilitándose después, se alejaba y se extinguía.

–¿Qué hay agua por aquí? –preguntó Antonio.

–No –respondió Francisco–; es el aire entre los pinos.

Repentinamente, alzóse en un punto lejano una trémula llama azulada que se apagó en seguida.

–Allá ha de haber alguna pastoría –dijo Antonio.

–No, señor –observó el mozo que venía a la zaga, cerca de aquél–: es la relación.

–¿Qué relación?

–Una que está enterrada ayí... Desde la hacienda se ve arder cadicuyendo.

–Por aquí robaban mucho –agregó Francisco–; y enterraban el dinero.

–¿Y por qué no lo buscan y lo sacan?

–No, señor –dijo el mozo–: eso es nomás pal que le toque... Y ése se lo jayaré sin trabajo, de casualidad... Lotro

día, unos de aquí de l'hacienda, se pusieron al propósito a ver dónde ardía... Vieron la llama... Pusieron cuidado dónde mero era; jueron a escarbar y sacaron un terreno de carbones, que está allí todavía... Y es que no era par'ellos...

–Y uno se volvió loco –apuntó Francisco.

–¿Pero por qué?

–Porque sale allí un espanto, señor... Se oye, según díceres, un ruido como el del tren y viene un aigre muy juerte y muy helao... Y ya no se sabe lo que viene después, porque naide aguanta... Todos se han desmayao.

–Hace tiempo –dijo Francisco–, se encerraban las reses en un corral de barranca que hay allí cerca, y los animales no querían parar en el corral. A media noche, redepente, daban la estampida y amanecían lejísimos.

–¡Pero, hombre, qué raro! –exclamó Antonio.

Cuando llegaron a la cumbre coronada de rocas y de pinos, se extendía en el oriente una faja luminosa con débiles tintes rosados, anunciando el día. Desde allí se abarcaba, de un cabo al otro, el valle de la hacienda, cubierto de enormes copos de niebla, que se alzaban, corriéndose hacia las sierras, y parecía un cielo de invierno reflejándose en la superficie de un lago. Los expedicionarios, después de haber contemplado un buen espacio de tiempo aquel enorme hueco repleto de brumas, torcieron a la izquierda, y bajando un incómodo sendero, se perdieron en angosta garganta cubierta de bosque. Fue como una vuelta a la noche, porque a través de la espesura del follaje no podía penetrar la débil claridad que despuntaba. Un fuerte olor a humedad y a madera podrida, mezclado al suave aroma de las flores silvestres, llegaba en rachas, como si fuera el aliento de la sombría garganta. Cuando los primeros rayos del sol doraron las cumbres del cañón, abillantando las gotas de rocío prendidas al follaje y haciendo perceptibles las

dentelladuras de la rocas, el fondo de la garganta, por donde serpenteaba el sendero, estaba todavía sumido en parda penumbra. Pero comenzaron a subir, y salieron repentinamente de la espesura del bosque a un rellano, en plena luz, bajo un cielo azul, y contemplaron, a un lado, el valle de la hacienda, y al otro, el de San Diego. Aquél, libre ya de las brumas que se habían retirado a las estribaciones de las montañas, se veía encerrado entre pelados cerros que, desde aquella altura, se asemejaban a los térreos bordos de un estanque, y rodeada de grandes extensiones calvas manchadas de pequeños trozos verdes y amarillos, aparecía la hacienda con sus casas en miniatura, semiocultas por la negra mancha de su arboleda. Al otro lado, el gran valle de San Diego, limitado al oriente y al norte por cordilleras azules, coronadas de pinos, y en medio de él la ciudad, ceñida de huertos por entre los cuales asomaban las torres de sus iglesias y los muros de sus casas más altas, semivelada por un vaho azulado que se tendía sobre ella, inmóvil como un fanal; más lejos trozos de arbolado, sembrados que comenzaban a verdecer o labores en sazón, casitas blancas alternando con pardos barriales, y surcado todo él por la blanca faja de la carretera polvorosa que iba a perderse en los recodos de los cerros lejanos.

Los expedicionarios se aparearon a la sombra de los cedros, y bajando un poco hacia un puertecillo, con el rifle entre manos, se agazaparon en un matorral de *granjenos* y encinos achaparrados. En el fondo de la quiebra nació un manantial que, corriendo y saltando entre las enormes piedras escalonadas que la erosión de las aguas había pulimentado, formaba, de paso, pequeños charcos a donde las reses acudían a beber.

—Aquí —dijo Francisco—. No ha de dilatar en caer alguna que esté gorda. No se te olvide que hay que apuntar bien y sin ruido.

–No tengas cuidado.

Antonio se sentía dominado por extraña emoción, y su pecho latía con violencia. Francisco estaba sereno. La costumbre de tales expediciones le había hecho adquirir aplomo y paciente quietud.

Al cabo de un rato, apareció una vaca, deteniéndose a cada paso y mirando a uno y otro lado con rápidos movimientos de cabeza.

–Está muy flaca –murmuró Francisco–. Detrás ha de venir algún toro.

La vaca bebió, interrumpiéndose repetidas veces para mirar a todas partes con señales de azoramiento; satisfizo y se alejó cañada abajo. Un instante después, se oyó el bramar sordo y prolongado de un toro, repetido cada vez más cerca, y apareció el animal, negro, de piel lustrosa, larga mamella y finas astas. Se paraba de trecho en trecho, bramando con débil mugido que, al compás de su andar, se entrecortaba, prolongándose.

–Déjalo que llegue –dijo Francisco.

Antonio temblaba. Levantó el arma con tiento e hizo puntería. El toro se apercibió, alzando la cabeza y permaneciendo engallado. Sonó el tiro, y el animal partió con rapidez hacia el punto en que había surgido el fogonazo. Antonio no tuvo serenidad para dispararle por segunda vez y huyó hacia un árbol cercano. En ese mismo instante sintió el resoplido de la bestia cerca de sí, cerró los ojos y se sintió suspendido en el aire y arrojado en tierra. Francisco experimentó una especie de alegría extraña, e iba a ponerse en salvo, pero en el fondo de su ser se alzó algo poderoso que le contuvo, que le impulsó a hacer puntería y a disparar. El toro dio un salto y, con las manos dobladas, fue a caer pesadamente algunos metros más allá. Antonio tardó un momento en levantarse, azorado y confuso; Francisco le

palpó de arriba abajo y no hallándole herida ni golpe de consecuencias, le dio la enhorabuena.

–¡Te escapaste! –exclamó–. ¿Seguimos? –le preguntó en seguida.

–¡Ya lo creo! No nos vamos sin que yo mate algo.

Sufría su amor propio; comprendía que retirarse, precisamente a causa del revolcón, era dar señales de miedo. Y mientras el mozo desollaba el toro subido *a cabeza de silla* desde la cañada hasta el rellano en que acamparan, Francisco y Antonio, ocultos en el matorral, volvieron al acecho. Pero las reses asustadas por los tiros y avisadas por su instinto del peligro, ya no bajaban a beber.

–Es por demás –dijo Francisco después de un largo rato–; ya no bajan.

–Vamos recorriendo un poco la sierra...

–Es por demás: son muy livianas, y no las agarraremos a tiro en toda la tarde... Mejor comeremos, para volvernos a buen hora.

Hicieron lumbre y calentaron empanadas y tasajos que comieron con apetito; el mozo hizo lo mismo cuando ellos terminaron, y un rato después, estirando aquél la mula cargada de carne, bajaban la sierra con rumbo a la hacienda.

A la cruda luz del mediodía que reverberaba en los barriales, deslumbrando los ojos y poniendo en las arboledas lejanas un velo polvoroso, ya no le parecían a Antonio tan hermosos los valles separados por la sierra. En la mañana le habían causado grata sensación de frescura, de hojas nuevas y verdes, de agua corriente y bulliciosa, y ahora le parecían áridas estepas sobre cuya arena se inclinaban, muertas de sed, las plantas cenicientas. Altos remolinos de polvo corrían a través del valle, el aire quemaba, y los ojos huían instintivamente de las blanquecinas llanuras. Bajaban uno tras otro por la angosta senda, y Antonio se admiraba

de que hubiesen podido subir en la noche por aquellas lastras escalonadas, resbaladizas y en pendiente, a los bordes de un talud a cuyo fondo sombrío apenas alcanzaba la vista. Hubiera deseado bajar a pie; pero como ni Francisco ni el mozo se apeaban, el amor propio le dio el valor necesario para continuar a caballo, con gran peligro de rodar hasta el fondo de la negra sima. Francisco en el lugar más peligroso de la cuesta tuvo un mal pensamiento: se imaginó a Antonio rodando al fondo del precipicio; pero como en la vez anterior, pudo desecharlo, y dijo a aquél:

–No detenga la rienda al caballo: déjelo solo y baja mejor.

Una vez salvada la cuesta, el camino era relativamente llano, y pudieron ir a buen paso. El sol declinaba, y querían llegar a la hacienda antes de la noche.

–No vaya a decir nada del susto –dijo Antonio–, porque otra vez no querrá mi tío que venga.

–No tenga cuidado.

Francisco sonrió ligeramente; pero un momento después su rostro se había oscurecido. Durante la expedición, la imagen de Camila había dado vueltas sin cesar en su cerebro. Recordaba lo que le había dicho la noche anterior y las acciones y actitudes que podía interpretar como favorables para él; pero todo ello amargamente mezclado a sus amabilidades con Antonio, a las miradas y sonrisas a éste dirigidas, a la gardenia que había prendido a su pecho; y la duda, dolorosa y tenaz, surgía en su espíritu, atormentándole de nuevo. Pero aquella muequecilla de desdén que ella hiciera cuando hablaron de Antonio; su recomendación de que él, Francisco, no se pusiera en peligro, asegurándole que le importaba su vida más de lo que él pensaba, todos estos recuerdos bañaban su corazón en una onda de esperanza y alegría... El sol iba a trasponer las montañas; sus dorados

rayos se escapaban oblicuos por las roturas de las nubes rosadas; soplaban un aire fresco y dulce, y todo el paisaje irradiaba un encanto indefinible que entraba en el corazón de Francisco, inspirándole una placidez, una alegría de vivir intensa y armoniosa. Él, por supuesto, no analizaba estas sensaciones y apenas si se daba cuenta de la melancólica hermosura de la tarde; pero toda aquella poesía esparcida en la naturaleza e incomprensible para el espíritu de aquel rudo trabajador, era inconscientemente recogida por su vigoroso organismo que la traducía en un bienestar tranquilo y en un sentimiento de fuerza y vida. Mas al llegar a la hacienda y ver a Camila, que salió a recibirlos, dirigir a Antonio amables palabras, aquellas gratas sensaciones se desvanecieron en su alma, como se desvanecía, dando paso a la noche, el último vislumbre de la tarde.

V

Las mujeres de la hacienda acudían a lavar a la acequia del agua de pie. Descalzas, con el lavadero y el lío de ropa en la cabeza, seguidas de los chiquillos y de los perros, iban llegando y acomodándose lo mejor que podían a la sombra de los álamos. Allí, arrodilladas, con el lavadero a la orilla del agua, restregaban su ropa, charlotteando con vecinas. La que tenía la palabra era una morenilla enjuta y pequeña. Hablaba con voz aguda y rápida, prologando la sílaba final de las palabras con una cadencia constante y uniforme. En la hacienda la llamaban *la Avispa*, porque ninguna era más quisquillosa y pendenciera. Vivía eternamente celosa del marido y tenía pleito casado con las vecinas que juzgaba sus rivales. Había que oír sus gritos y denuestos cuando animales ajenos entraban a su casa o se hallaba algún daño en la labor de su marido. Parada en su puerta, con voz que se oía en toda la hacienda, sacaba a la pública vergüenza la vida y milagros de sus contrincantes, con los indispensables calificativos de *brujas* y *cordones*. Ese día *la Avispa* estaba nerviosa; a cada instante se enderezaba sobre sus rodillas y miraba con disimulada impaciencia hacia el sendero, a través de los chaparros que rodeaban la acequia.

Los muchachos chillaban, jugando desnudos en el agua. Los perros, tendidos a la sombra, se defendían a mordiscos de las tenaces moscas. Los trapos limpios, prendidos a los chaparros e inflados por el aire, albeaban a la luz del sol.

Antonia Ramos, una muchacha de buen ver, robusta y limpia, llegó con su lavadero a cuestras. Algunas mujeres le hicieron sitio a la sombra, mientras daba alegremente los buenos días que todas le contestaron, excepto *la Avispa*. Se arremangó, desató su lío y comenzó a mojar las diversas prendas y tres o cuatro faldas con cintas negras.

–No cabe duda que yo tengo muy buenos trapos –dijo *la Avispa* mostrando en alto una falda desgarrada–. Y es natural –continuó–, en habiendo jolas, hay güeno todo... Pero ustedes, a poco dicen: “¿Y ésta costrosa deónde saca jolas?” (Y soltó una carcajada). ¿Diónde las he de sacar, atajo de aburridas? ¿Pos que no saben que estoy con don Pancho, el alministrador?... Tanto anduve corriendo detrás dél, hasta que el palomo vino al maíz.

Y soltó otra carcajada.

Antonia se había puesto roja. No pudo sufrir más y, dejando de lavar, dijo a *la Avispa*.

–Doña Ginia, ¿lo dice usted por mí?

–¡Mira con lo que sales ora! Si te viene el saco, pónitelo.

–¡Como usted hace tiempo que anda con ese cuento!...

Lo que yo digo es que todo lo que usted dice es pura mentira.

–¿Yo embustera?... ¡Tú lo serás!... ¡Miren la mosca muerta!... ¡No me echen al agua porque me hogo!

–¡Pos sí! –gritó Antonia–. ¡Usted es una mentirosa, habladora!... ¡Que lo diga todo el rancho!... ¡Con razón le dicen *la Avispa*!

–¡Te lo pruebo, te lo pruebo! –gritaba ésta fuera de sí–. ¿Luego cuando te encontré en el Tajo?... ¿Y la noche que me paré a ver los marranos?

–¡Pos miente y remiente!

–¡Te digo que no miento!... Tú y tu madre y tu tata ¿qué han sido siempre?... ¡Güenos de lambiaches, y ella y tú un par de brujas!... ¡Te lo pruebo!

Y lanzó a Antonia un puñado de cascajo, único proyectil que tenía a mano, dándole con fuerza en mitad de la cara.

Antonia, con lágrimas en los ojos, recogió a toda prisa su ropa mojada, y sin oír los improperios de *la Avispa*, se alejó casi corriendo. Desde lejos y con voz entrecortada por los sollozos, le gritó:

–¡Habladora! ¡Cordona!... ¡Ya verá cómo voy a dar la queja!

La Avispa hizo una mueca de desdén, pero desde ese instante permaneció silenciosa y pensativa. La amenaza de la muchacha y el hecho de haber mezclado en la riña el nombre de Francisco, la pusieron pensativa.

Antonia, enjugándose todavía los ojos con el rebozo, llegó a su casa. En la puerta de la pequeña vivienda que algunas yedras nacidas en toscos arriates circundaban con flores azules, cosía la madre de Antonia. Dos marranos, amarrados a sendas estacas, dormían a la sombra del muro, y las gallinas entraban y salían sin sobresalto casi por encima de la vieja. En la única pieza de la casa había aperos de labor diseminados aquí y allá, un camastro de madera en un rincón y en otro la chimenea con variedad de viejos y roñosos trastos.

Antonia contó a su madre lo ocurrido. La vieja se encolerizó.

–Orita voy a ver a don Chencho –dijo–, pa que nos dé el pase pa la villa... Ya verá esa lenguona lo que se saca.

Mientras tanto, Antonia tendía a secar la ropa en los mezquites que crecían en torno de la casa.

La vieja volvió acompañada de un hombre prieto con escasa y áspera barba salpicada de canas. Tardo de movimientos y de palabras, andaba como si estuviera cansado y hablaba poco y de mala gana. Tenía fama de

honrado, y por ella le nombraron, con acuerdo de don Pedro, juez auxiliar de la hacienda. Por lo demás, en todos los actos de su cargo, se guiaba por las advertencias del amo.

Antonia contó al Juez las provocaciones de *la Avispay* el pleito consiguiente, y tanto la madre como la hija le pidieron el *pase* para ir a exponer su queja en el Juzgado Local de la villa.

–Párense tantito –les dijo el Juez–; como salió allí el nombre de don Pancho, yo no me quero meter... Eso es muy delicado, y mejor juera que todo se quedara silencio... Yo sé lo que les digo.

Como las mujeres insistieron, el Juez les dijo, tomando lentamente el camino de su casa:

–Güeno... Pos vayan con el amo.

Antonia opinó que debían esperar a que su padre viniera de la labor para que él determinara lo más conveniente. Mientras tanto, se fue a casa de su comadre Chona. Era ésta una muchacha de la villa, que vivía con uno de los medieros, lista y con algo de letras, ventaja que le valía ser la secretaria de todo el vecindario. Antonia después de enterarla de lo ocurrido en la acequia, le rogó le escribiese un papel para Francisco, a fin de ponerlo en conocimiento del paso que pensaba dar ante las autoridades de la villa. Y no tardó el recado en estar listo y en manos de una muchachuela, hermana de Chona, que debía llevarlo a su destino.

Justamente Antonio y Francisco acababan de llegar de su excursión a la sierra. Este fue advertido de que le buscaban; salió, y la muchacha le entregó el papel cuidadosamente doblado. Francisco sonrió al acabar de leerlo; escribió con bastante torpeza de dedos por el revés del mismo papel: “A la noche hablaremos”, y lo devolvió a la muchacha.

Don Pedro le llamó.

–Oye –le dijo–, aquí está la *Acordada*... Vienen por Cleto... Como este bruto no quiso casarse con Nemesia, tío Julián se fue a quejar... ¡Es como el demonio el viejo! Ha de haber hablado con el alcahuete de don Concepción que todo lo enreda cuando le tiene cuenta, y ahí tráin la orden... Luego, luego le mandé decir a Cleto que se pelara pa las majadas... Entretuve al Jefe un rato y le di el camino acá por la vuelta, pa ganar tiempo... Es bueno que ora en la noche estén con cuidado, a ver qué sucede... Porque si lo tráin, hay que ver cómo se los quitamos... Es una infamia.

–¿Quién fue a avisarle? –preguntó Francisco.

–El muchacho de tía Tomasa.

–¿En qué?

–En mi caballo.

–Luego, con toda seguridad tuvo tiempo de pelarse.

Camila, asomándose a la puerta del comedor, llamó a Francisco que acudió presuroso y fue acogido con una mirada y una sonrisa.

–Tiodoro me dijo que le había pasado un percance a Antonio... ¡Cuéntamelo! ¡No seas malo!

La expresión de su rostro alegre y animado y la burlona curiosidad que demostraban sus palabras, trastornaron a Francisco.

–Más tarde –contestó–; orita no hay tiempo.

No podría, de seguro, resistir los deseos de contar el lance a Camila, y aunque algo protestaba en el fondo de su espíritu, recordándole su promesa de callar, era más fuerte la tentación de que Antonio quedara en ridículo a los ojos de Camila. Era aquella una buena ocasión para desquitarse de los señoriles modales de Antonio, de su cara fresca y simpática y de su habilidad para comer con cuchillo y tenedor. ¿Qué valían estas prendas de títere junto al vigor

necesario para caminar, sin fatiga, diez horas a caballo; sufrir el sol a campo raso sin sentir molestia alguna, y tener la serenidad suficiente para poner una bala en el testuz de una fiera que acomete?... “Se sentía satisfecho de sí mismo: era trabajador y honrado, y tenía mejores derechos que aquel muñeco para cortar la hermosa flor nacida en sus campos y criada, como él, al sol y al aire”.

En estas cavilaciones, reverso de las que otras veces le atormentaban, le sorprendió el llamamiento de don Pedro para tener el acuerdo. El siguiente día era domingo: había que distribuir raciones y liquidar cuentas y ocupar el resto de la mañana en alistar las carretas, para comenzar la pisca del maíz el lunes inmediato. Recibió también la orden de que estuviera listo el coche a buena hora para que fuera Antonio a la villa a tomar el tren.

Un rato después, todos estaban en el comedor. Mientras cenaban, Antonio refería a don Pedro sus impresiones de la jornada, pero callando el revolcón que había sufrido. Ponderaba el hermoso panorama que se ofrece a la vista desde lo alto de la sierra, las sombrías gargantas cubiertas de bosque y la grandiosidad del paisaje en las cumbres solitarias. Francisco miraba intencionadamente a Camila, y ella le correspondía con reprimidas y furtivas sonrisas.

–¿Y el toro quién lo mató? –preguntó don Pedro.

–Francisco –contestó Antonio–. Yo todavía estoy muy torpe. He tirado muy poco... Todo esto me gusta muchísimo, y creo que pronto me acostumbraría.

–¡Qué se va acostumbrar! –dijo Francisco con cierta rudeza–. Eso se necesita ‘prenderlo desde tamaño así. Ya de grande –añadió con más dulzura–, es difícil agarrarles el modo a estas cosas.

Todos asintieron, y como Antonio quedó un sí es no es corrido, observó Camila sonriendo:

–Pero ni falta le hacen...

–Siempre es bueno saber de todo –dijo Antonio con visibles deseos de ponerse al tenor de los pensamientos que, estaba seguro, ocupaban en aquel momento a sus comensales.

Cuando todos se levantaron, Camila llamó a Francisco. Este que se había enfurruñado por la observación que ella acababa de hacer a favor de Antonio, se sintió enteramente desarmado ante el semblante alegre y malicioso de Camila.

–¡Cuéntame!... ¿Qué le sucedió?

–Pos que no le pegó al toro y llevó una revolcada, que si no he estado yo allí, no la cuenta.

–De ningún modo la cuenta –dijo Camila riendo.

–Ya lo creo... Como que me encargó el secreto... ¡No se te vaya a salir!

–No tengas cuidado.

Y, ya para marcharse, le tendió la mano. Francisco la tomó entre las suyas, ásperas y nudosas, y sintió que ella apretaba suavemente.

Con tan agradables emociones se fue a su cuarto: arregló algunos apuntes que necesitaba para el día siguiente, y cuando todo estaba callado y oscuro, salió al patio, despertó al mozo que dormía en el zaguán, y avisándole que iba a salir, abrió el portón y se perdió en la oscuridad de la noche. Por unos momentos se oyeron sus pasos. Súbitamente un perro ladró con furia; otro le hizo segunda; un tercero ladró también, y en seguida todos los perros del rancho, con múltiples tonos y con inacabable correspondencia. Al cabo de un rato fueron apaciguándose; reinó de nuevo el silencio, y sólo se escuchaba el misterioso susurro de las hojas movidas por el viento.

VI

Antonio iba a partir. Mientras la frescura y belleza de su prima le atraían, pensaba, allá en lo íntimo de su ser, que los pesos de sus tíos no le vendrían del todo mal para las emergencias de la vida. Deseaba quedarse algunos días más para afirmar las bases de sus proyectos, pero el temor de hacerse pesado le contenía. Hombre acostumbrado, por su larga permanencia en país extraño, a ciertos refinamientos incompatibles con la vida del campo en su patria, sentíase, sin embargo, muy a gusto en la amplitud de la casa de don Pedro, le agradaba la abundancia de las sabrosas comidas rancheras, y hallaba allí, por no sabía qué misteriosa influencia, una sensación de *casa propia* muy dulce y atrayente. Era que todo lo veía bañado por la onda de luz que de Camila se escapaba. Mezclábase a sus proyectos un pensamiento sombrío: el que hacía nacer en su cerebro la imagen un poco salvaje de Francisco. Aquel hombre adusto, de ojos profundos, enérgico y valiente, se le antojaba un rival peligroso por la misma intimidad en que con ella vivía. Su razón aceptaba aquel probable obstáculo, pero no su amor propio. Imposible que un hombre de origen desconocido, ignorante y torpe para todo lo que no fuera su oficio de labrador, pudiera contender con él que, aun pensando con modestia, se reconocía cualidades físicas y morales no despreciables.

Con la partida de Antonio, a Francisco se le quitaba un peso de encima. Camila, amable y risueña, espiada por la atenta mirada de este último, hacía a su primo multitud de encargos: recuerdos para esta o aquella amiga; un paseo, en su nombre, en tal o cual sitio; una danza *por ella* en el primer baile que hubiera en el Casino, y así por este arte.

El coche estaba a la puerta. Antonio se despidió con sendos abrazos de don Pedro y de doña Petra y con recio apretón de manos de Camila. Estrechó también la de Francisco, subió al coche, y los caballos partieron. En una ondulación del camino, antes de *salir de las casas*, Antonio asomó la cabeza, pero sólo vio a los dos viejos que habían permanecido en la puerta. Camila hablaba con Francisco en la sala.

–¡Caramba! –decía éste con cierta seriedad–. ¡Qué risueña estabas con él!

–¡Vaya una manía la tuya!

–¡Era bueno que fuera manía!

–Te aseguro que me importa un pito –dijo Camila, haciendo un expresivo mohín.

–¿De veras?

–Te lo aseguro.

–Si es mentira...

–Te autorizo para que me estires las orejas.

Doña Petra y don Pedro entraron, y éste llamó a Francisco para comenzar la *raya*. La gente esperaba, y fueron entrando uno por uno en el escritorio. Todos llevaban camisa y pantalones limpios y daban los buenos días con iguales palabras e idéntico sonsonete.

–Buenos días les dé Dios, señores... ¿Cómo pasaron la noche?...

En el ajuste de sus días de trabajo, raciones y efectos recibidos, Francisco se equivocaba algunas veces. Entonces

el interesado se atusaba las greñas, daba vueltas al sombrero y carraspeaba, acabando por exponer su inconformidad.

–¿Pos cuánto crés tú salir debiendo? –preguntaba don Pedro impaciente.

El hombre miraba las vigas un buen espacio de tiempo, contando con los dedos, y expresaba el resultado de sus cálculos, cuya exactitud era después comprobada por los números.

–Son perros muy apedreados éstos –decía don Pedro–. No los hace guajolotes nadie.

–Uno cuenta sus días o los almudes de maíz que saca con frijolitos, señor.

Cuando terminó la raya, preguntó don Pedro a algunos de los presentes que eran vecinos del Moral:

–¿Qué razón me dan de Cleto, muchachos?

–Pos no lo hemos visto, señor –respondieron todos a la vez.

Todos lo habían visto la tarde anterior, pero sabiendo que la Acordada había ido a prenderle y suponiendo que la pregunta de don Pedro encerraba misterio, se negaron a darle los informes que pedía. Para ello, no necesitaron esta vez, como en todas las ocasiones parecidas, ponerse de acuerdo: les bastaba su maravillosa intuición del peligro para guardar el secreto al compañero.

Poco a poco el escritorio se fue despejando. Don Pedro y Francisco salieron tras el último. Aquél, mirando hacia el camino que en un gran trecho era visible desde la puerta de la casa, dijo de repente a don Pedro:

–Le diré que allá van unos a caballo con otro a pie en medio, y ese es Cleto, ni duda.

–Es Cleto –afirmó don Pedro después de mirar un momento–. ¡Demonio! –añadió–. ¡Pobre muchacho!... Es una injusticia... Oye –dijo vivamente a Francisco–, luego

que lleguen, lo encierran en la galera vieja: le das la llave al comandante, y te los traís a comer a todos, quieran o no quieran. Luego que ya estén aquí le dices a Cleto por la hendidura de la puerta, cuidando de que no te vean, que abujere la ventana que dá p'atrás y que brinque aquí pal corral y se meta al pajero... ¿Me entiendes?

–Sí, señor.

Momentos después, el grupo de jinetes con Cleto en medio, hacía alto frente a la casa. Francisco, entregando la llave al comandante, los guió a la galera que debía servir de cárcel, y una vez encerrado el preso, ejecutó lo que don Pedro le había encargado, en lo que el jefe y los soldados no se hicieron mucho del rogar, pues no habían comido desde la víspera por haber andado la mayor parte de la noche en busca de Cleto. Cuando ellos llegaron al Moral, aquél ya no estaba en su casa, ni encontraron quién les diera razón de él. Sin embargo, pensando que la sierra era el mejor punto para esconderse, y que por lo mismo, en ella debía de andar el fugitivo, al cerrar la noche, guiados por el padre de Nemesia, emprendieron la marcha, acampando en una meseta que se extiende a considerable distancia sobre el valle. Cleto no los esperaba, sin duda, porque a la mañana siguiente lo vieron salir de una quebrada, comiéndose un trozo de *quiote* y como con ánimo de trasponer la sierra. No pudiendo seguirle con buen éxito, comenzaron a hacerle fuego, con tan certera puntería, que una bala le había pasado el jorongo y otra el sombrero. A la tercera, comprendiendo que le matarían, dio voces de que estaba rendido.

Esto contaba el jefe a don Pedro, mientras Cleto se daba tal maña en hacer lo que le habían aconsejado, que en tres cuartos de hora abrió la tapiada ventana, salió por ella, escurriéndose con felina agilidad pared abajo, y agazapado entre los matorrales, echó a correr.

Cuando el comandante quiso ponerse en marcha, ya bien entrada la tarde, y no halló al reo, se llenó de cólera y destacó su gente por diversos puntos en persecución del fugitivo... Inútilmente, porque Cleto se hallaba ya bien escondido en el pajar de la casa grande. Allí debería permanecer mientras la Acordada se retiraba, perdidas las esperanzas de encontrarlo; y después se iría un par de meses a las majadas del interior de la sierra, al cabo de los cuales volvería a sus acostumbrados trabajos, seguro de que para entonces, con la mediación de don Pedro, todo se habría arreglado.

En la casa grande se hacían comentarios sobre la fuga de Cleto, cuando algunos vecinos, acompañados del Juez, se presentaron a don Pedro para pedirle permiso de *un ratito de baile*.

–Está bueno –les contestó don Pedro–; pero que se acabe temprano, y cuidado con enchisparse, porque mañana tenemos *quihacer*.

Un rato más tarde, comenzó a sonar con débiles notas la orquestilla compuesta de violín, flauta y arpa. Un grupo de gente, apiñado a la puerta de una de las casuchas, indicaba el lugar de la fiesta. Sentadas las mujeres en el suelo y los hombres en pie en torno de la sala, miraban dar vueltas a los bailarores. Éstos, con el sombrero encasquetado, y ellas arrebuajadas en el rebozo, giraban rápidamente en el reducido espacio de la pieza, dando y recibiendo testerazos y pisotones, sin hablarse una palabra, sudorosos y jadeantes como si trataran de sacar una tarea. Densa nube de polvo los envolvía. El baile cesaba un instante: alguien traía una cubeta llena de agua, y sosteniéndola en la izquierda, con ágil movimiento de su mano derecha regaba el piso, y el baile continuaba al débil y quejumbroso rumor de la pequeña orquesta. Algunos vecinos, ya chispas, dormían en los rincones y otros entraban

y salían con visibles deseos de alboroto, pero sin perder, en medio de la borrachera, el temor a Francisco que debía de andar vigilándolos.

Los de la casa grande, sentados afuera, oían en silencio el incesante sonar de la música. Al principio, como tantas veces que la había escuchado, le pareció a Camila insoportable, y hasta se rió de la torpeza de los artistas; pero poco a poco, aquellas notas, brotando en medio del general silencio; la quietud soñadora del campo; las sombras de la noche, rasgadas aquí y allá por el punto de luz de alguna estrella, la llenaban de melancólica emoción, a la que se adunaba un sentimiento de piedad hacia aquellos seres que luchaban sin tregua por el pedazo de pan que los alimentaba y el trozo de manta que los vestía, desvalidos en un presente de miseria y amargura, y sin la esperanza de un mañana mejor, y a quienes endulzaba la vida, por un momento, aquella parodia de alegría.

Las parejas se habían salido a la calle, y a la luz de una lámpara de petróleo, colgada en la pared, bailaban sin cesar. Sus siluetas, confusas y agrandadas, surgían y se borraban sobre los guijarros y los matorrales del campo.

–¡Pobres! –dijo Camila–. Se divierten con bien poco.

–Y muy bien que se divierten –observó don Pedro–. Para ellos no hay nada como eso.

–¿Pero qué no tendrán ganas de cambiar de vida, de trabajar menos?...

–Yo creo –dijo don Pedro–, que están conformes con su suerte... Cuando levantan una buena cosecha, la gastan en vino, en bailes, o cuando mejor, en comprar un caballo en que andar, aunque después no tengan con qué mantenerlo.

Francisco también se había dejado ganar por la inefable dulzura asociada a ideas de dolor y miseria, de aquel baile

de peones, débil luz en las sombras de la noche, rumor de vida en medio de la quietud de la naturaleza. Pero él no pensaba en los demás, sino en sí mismo. Al escuchar aquel sonar monótono, sentía que algo extraño le oprimía el corazón, como si resucitara en su memoria el recuerdo de muertas alegrías, como si a ella acudiera la nostalgia de otra vida anterior, apenas entrevista.

Todos se habían ido a acostar. Él abismado en sus cavilaciones, no se había movido de la silla en que hacía dos horas se hallaba sentado. Repentinamente, oyó el crujido de una puerta que se abría, y notó que alguien se asomaba a una de las ventanas. Era Camila. Francisco se levantó y se acercó de puntillas.

–Chits... –decía Camila con el dedo en los labios–. Papá y mamá todavía no se duermen.

La recomendación de sigilo fue muy del agrado de Francisco. Él y Camila sabían que nada tendría de extraño que hablaran a solas por la ventana, pero justamente aquel misterio prestaba singular encanto a la entrevista.

Desde hacía algún tiempo, por mutuo y espontáneo impulso, sin que ningún convenio explícito hubiese mediado entre ambos, se pedían celos, se ponían a veces mal gesto y se daban explicaciones después; pero todo en una forma un poco indirecta, aunque no menos precisa. Aquella era la primera vez que hablaban con verdadera apariencia de novios, y aunque toda la vida se habían tratado con familiar intimidad, Francisco llegó a la ventana temblando.

–Oye –dijo Camila–, te quería preguntar una cosa... Si es cierto eso que dicen de ti y Antonia... la de tío Sabás.

–¿Qué? –preguntó Francisco con extrañeza.

–Eso... por lo que se pelearon en la sequía Antonia y *la Avispa*.

–Ya caigo... ¿Dime quién te lo dijo? –añadió con brío.
–Se dice el pecado, pero no el pecador...
–Te aseguro que no es cierto... ¿Cómo piensas que yo?
–No, si yo no lo creí... ¡Fíjate, una cosa tan fea!... ¿Pero de veras no es cierto?
–Ya te dije que no.
–¿Me lo juras?
–Te lo juro...
–Bueno... pues hasta mañana... No vayan a preguntarme que dónde estaba.
–Oye –le dijo Francisco, reteniéndola por la mano que ella le había alargado al despedirse.
–¿Qué quieres?
–Que me concedas una cosa...
–Tú dirás...
–Que me des ese anillito negro...

Camila vaciló un momento.

–¿Pa qué lo quieres?
–¿Cómo pa qué?... ¡Qué preguntas!
–Toma –dijo, quitandoselo rápidamente.

Y cerró la ventana. Francisco se quedó un momento perpelejo. Después besó el anillo, se lo probó en todos los dedos de ambas manos, sin que le viniera en ninguno, y envolviéndolo en un trozo de papel, lo guardó cuidadosamente en la cartera.

La orquesta seguía sonando. Sus notas lastimeras flotaban en el aire silencioso de la noche, ora como un gemido, ora como un grito de alegría y siempre con un encanto indefinible que tal vez les comunicaba la soledad y la tristeza de la noche, la miseria y el dolor que por un instante alejaban. Francisco se sentía feliz, pero no con la felicidad que se sabe definitiva y duradera, sino con otra parecida, quizás, a la de aquellos pobres que, a la luz de una

roñosa lámpara y al compás de la música, olvidaban por un momento el constante infortunio de su vida. Encima de aquella claridad en que su alma se bañaba, se extendía, amenazando cerrarse, una noche negra como la que entonces cubría las cosas, una noche callada y sin estrellas. Y cosa rara, cuando había comenzado a realizarse el más hermoso de sus sueños, la sensación extraña de otras veces le oprimía el corazón: era como un echar de menos infinito, una espera de algo que jamás llegaba... ¿Por qué él, como todos aquellos que bailaban tan espontáneamente alegres, tan resignados con su fortuna, tan apegados a su terruño, hijo del mismo valle y de igual origen, no sentía lo que ellos sentían, no experimentaba su sano alborozo en los placeres, su paciente resignación en los trabajos?

Las sombras danzaban, chocando y entrecruzándose, se quebraban al tropezar con las piedras y los matorros y se alargaban rectas y lisas en los sitios despejados. La música, lánguida y como fatigada, sonaba, sonaba sin descanso.

VII

En la hacienda se hacían preparativos para celebrar la Noche Buena ya próxima. Formaban el programa, tamales y buñuelos en la casa grande, de los que participaría, según costumbre, todo el vecindario; cohetes de luz y de trueno, luminarias y pastores, en pleno campo, y misa, sermón y rosario en la capillita de la hacienda en que se veneraba a San Isidro. Aunque los trabajos de la pisca comenzaban al amanecer y terminaban al ponerse el sol, todos los que tenían asignado algún papel en *los pastores* trasnochaban para asistir a los ensayos. Ya se había encargado a la ciudad lo que faltaba en la despensa, y *los pastores* habían mandado hacer al sastre rural los trajes apropiados, y al artista competente los *ganchos* (cayados) en cuyo ornato y hermosura radicaba casi todo el lustre de la fiesta, pues era asunto de amor propio para cada uno de los interesados que el *más bonito* fuera precisamente el suyo. Doña Petra y Camila, ayudadas por algunas mujeres de confianza, habían puesto el Nacimiento en una de las piezas más amplias de la casa grande, previamente descombrada y limpia. En lo alto de la gradería, cubierta con blancas y finas sábanas, de lino, casi tocando el techo, se aparecía el Misterio, sin que faltaran la mula y el buey, bajo el portal de cartón dorado, cubierto de rojas flores de papel. Escalonados en la gradería, subían los Reyes Magos de barro. De una montaña de musgo, *lechuguillas y sotoles*, bajaba un torrente formado por

cachos de espejo, en cuya desembocadura, un trozo de hoja de lata nueva representaba quieto lago donde nadaban cantidad de patos, cisnes y otras aves. Entre el vario follaje que cubría las gradas aparecían cabañas de chinos, indias mexicanas sentadas en el suelo con la olla delante, vendiendo atole, un jinete montado en un toro *reparador*, un landó tirado por dos caballos blancos, un payaso haciendo una cabriola, hatos de ovejas, la catedral de México reproducida en yeso, y una locomotora, arrastrando su ristra de vagones junto al apacible camello del Rey Gaspar. Y todo ello encerrado entre cuatro hermosos pinos, cubiertos de nieve de pez y de cuyas ramas pendían gran cantidad de amarillas naranjas y multicolores esferas de *papelillo*. Numerosas velas de estearina, convenientemente colocadas, alumbraban el Nacimiento que hombres, mujeres y chicos contemplaban con la boca abierta.

Francisco y Camila seguían teniendo sus furtivas entrevistas. En el alma del primero tomaba creces aquel amor nacido sin que él lo advirtiera, y que iba ensanchándose con anhelos feroces e indomables exigencias, en contra de su voluntad y a despecho de su razón. Cierto que Camila le había entendido sin que mediaran explicaciones, y que parecía quererle; pero el porvenir le asustaba. Aquello no podía seguir indefinidamente del mismo modo, y había que llegar pronto al desenlace. Pero en este apurado trance ¿qué iba a suceder? ¿No se negarían don Pedro y doña Petra a sus pretensiones, y perdería él para siempre no sólo aquel amor que era su vida, sino también la única familia cuyo calor y cariño le libran de aquellos violentos arrebatos sin causa conocida, de aquella angustia infinita que lo alejaba de todo, menos de ella, para dejarlo en medio del mundo, suelto, disgregado, y sin embargo, sujeto a una fatalidad sombría cuyo término no podía él precisar?... Sus murrias,

empujadas por los hálitos de alegría que su pasión infiltraba en su espíritu, desaparecían bien pronto, y se daba con entusiasmo a la confianza, al trabajo, a los preparativos de aquella fiesta, en que tantas ocasiones tendría de ser feliz, aunque sólo fuese una hora.

Camila con la alegría de su juventud llenaba la casa, la hacienda toda. En su alma, tranquila hasta entonces, no tomaba su tácito noviazgo con Francisco las proporciones que en el alma de éste. Le quería, sin duda; le apreciaba por su valor, por su carácter, y acaso, más que por nada, por su costumbre de verle siempre a su lado. Aquellos amores de cuyo principio tampoco ella se diera cuenta, le proporcionaban placer; entreveía confusamente obstáculos y dificultades lejanas; pero jamás los profundizaba, y al pensar en el mañana, no se detenía, como Francisco, para desentrañar su destino, sino que se encogía de hombros y se echaba a reír. No sabía ni quería saber a dónde caminaba; pero a veces sentía un suave picor de celos o de amor propio herido, que le hurgaba el espíritu hasta que la satisfacción necesaria venía a calmarlo. Los supuestos amores de Francisco con Antonia, que ella, aunque inocente, sabía en cierto sentido, como todas las muchachas que viven en el campo, suponía de un género completamente distinto de los suyos, la sublevaban, y bajo la influencia de estos pensamientos, negaba a Francisco sus miradas y le ponía mala cara, hasta que el pobre, trastornado y confuso, inquiría la causa y le juraba una y otra vez, poco menos que de rodillas, que aquello no pasaba de ser un chisme insolente.

Un acontecimiento inesperado vino a trastornarlo todo. Doña Petra sufrió un ataque de reuma. El primer día tuvo violentos dolores en la espalda, guardó cama y se dio frotaciones, creyendo aliviarse; pero el segundo día se le

paralizó el brazo izquierdo y sufría dolorosas contracciones de la faringe, que le hacían muy penosa la deglución de los alimentos. Todos se alarmaron y se dispuso en seguida la marcha a San Diego. Don Pedro lo sintió mucho, porque, aparte de la causa que motivaba la partida, no podría él asistir a las piscas; cosa que le contrariaba sobremanera, pues aunque sabía que la vigilancia de Francisco bastaba para el caso, a él le gustaba contemplar los montones de maíz, ayudar a cargarlos y contar los sacos que se vaciaban en el granero. Era una costumbre arraigada a la que le costaba trabajo renunciar, desde que el propio convencimiento de *tener ya lo suficiente*, y sobre todo, los años, le retrajeron de otras faenas de mayor dificultad. Francisco sentía aquel incidente con doble motivo. La ausencia de Camila, por una parte, y por otra, su estancia precisamente en San Diego, cerca de Antonio cuya rivalidad le inquietaba, significaban para él semanas, acaso meses, de soledad y de amargura.

Llegó el momento de la partida. Don Pedro y Francisco, ayudados del mozo, llevaron al coche a doña Petra, acomodándola del mejor modo posible entre almohadas y cobertores. En una de las muchas vueltas que el trajín de la partida obligaba a dar a Camila, Francisco le preguntó:

–¿Voy a verte?

–¡No!... ¿Qué dirían papá y mamá?

–¡Mucho cuidado! –le dijo Francisco intencionadamente cuando ella le tendió la mano al despedirse.

Y partieron. Francisco siguió el coche con los ojos, y cuando éste se perdió a lo lejos, ensilló el caballo y se dirigió a la pesca. No bien llegó, cuando acercóse a saludarle, sombrero en mano, uno de los trabajadores. Era Cleto.

–¡Pero, hombre, qué diablos andas haciendo aquí!

–Pos trabajando, señor –dijo el mocetón sonriendo–. Ya todo está arreglao...

–¿Cómo?

–Pos nos vamos a casar, señor –contestó aquél, agachando la cabeza y rascándose la con su mano libre.

–¡Va!... Pos que te vaya bien... –le dijo Francisco picando espuelas y pasando adelante.

Los piscadores estaban diseminados por grupos en torno de los *toros* de maíz. Las cañas, mojadas por el rocío de la noche, brillaban al sol, y sus secas espigas, juntas como ramilletes, oscilaban a las intermitentes ráfagas del aire. En las calles formadas por las filas de *toros*, erizadas de troncos, iban creciendo los montones de mazorcas. Crujían las cañas secas, se oían risas y cantares, y dominando todos los ruidos del campo, incesante, armónico como una música, el peculiar chasquido de la panoja al ser separada de su tallo. Los piscadores trabajaban con celeridad, aventando las mazorcas al lugar conveniente, cubiertas todavía por su amarillenta envoltura. Otros se la quitaban, rompiéndola de extremo a extremo con un punzón de madera, y la arrojaban aparte para que los *amarradores* fueran formando los crujientes *ruedos*. Las carretas descansaban con el pértigo al aire; los bueyes, sueltos en el rastrojo, comían apaciblemente, y los arrieros remendaban sus *costales* o les *echaban boca*, sentados en los *aparejos*, a la sombra de los güisaches. Unos atrincheraban el rastrojo, mudándolo en grandes brazadas, y otros igualaban los montones de maíz que debían partirse entre la hacienda y cada uno de los medieros. Al mediodía terminó la pisca en aquel trozo de labor. Los *toros*, despojados de su carga de mazorcas y abatidos, formaban grandes trincheras de rastrojo, y los montones de maíz, iguales y simétricos, brillaban heridos por el sol. Pero la tarea aún no estaba concluida.

–Agarren sus *guajacas*–gritó Francisco–, y vámonos al maíz parado.

La orden corrió de un extremo al otro del campo, y un momento después los piscadores, con su cesto de varas de membrillo y red de mecate a la espalda, marchaban hacia el punto indicado.

El maíz a donde se dirigían, como tempranero, estaba ya reseco y no había sido cortado porque, al menor movimiento de la caña, se desprendía la mazorca. Los piscadores se dividieron en cuadrillas, tomando cada uno un tramo de igual extensión. Todos avanzaban paralelamente, arrancando al paso la panoja y arrojándola al cesto por encima del hombro. Una vez lleno, corrían a vaciarlo y tornaban a su puesto.

Cuando terminaron, Francisco recorrió los montones de maíz, escogiendo entre ellos los que debían corresponder a la hacienda, y ordenó cargar. Unciéronse los bueyes y se arrimaron las carretas revestidas con grandes mantas de ixtle, que una vez llenas, se alejaban rechinando. Los arrieros cargaban sus burros, y los peones, llevando al hombro los jorongos y el morral de las *gordas*, volvían a *las casas*. Algunos medieros, no pudiendo *levantar* su maíz, se preparaban a quedarse en el campo. Las carretas cargadas con los ruedos de hoja oscilaban pesadamente, próximas a volcarse en los baches del camino, hacienda crujir su voluminosa carga. Todas marchaban en línea, seguidas por los atajos de burros que levantaban densa polvareda. El sol moría. A sus últimos rayos se doraban las montañas y se teñía de púrpura el espacio... En el silencio de la tarde, melancólica y dulce, se oían, claras y distintas, la animada conversación de la gente y las voces con que los *fleteros* arreaban sus bestias. En la hacienda todas las casuchas estaban iluminadas; la gente aguardaba en las puertas; los chicuelos que, encaramados

en la pared, espían el camino, anunciaron con gritos de alegría la llegada de las carretas y de los atajos; las mujeres daban la última mano al *senca* (compartimiento hecho en un ángulo de la pieza con carrizos o *bardas*), y hablaban a gritos con los vecinos que experimentaban las mismas emociones y las mismas esperanzas. Las carretas fueron llegando y parándose frente a los graneros de la hacienda, y tras de ellas, aparecieron los burros que se dirigían a ésta o a aquella casa, cuyo dueño reñía a los chicos para que no estorbaran, mientras la mujer alumbraba con la vela de sebo, agitada por el viento, las maniobras de los que *descargaban*, echándose a la espalda los pesados *costales* y vaciándolos en el *senca* con estruendoso chorro. Los burros, libres de su carga, se revolcaban; oíanse gritos, risas, exclamaciones; las casuchas seguían iluminadas, y los chicuelos chillaban, jugando en la plaza con aturdidor entusiasmo... Bajo los techos ahumados de aquellas cabañas desmanteladas y sucias, tomaba asiento la alegría, la alegría que de tiempo en tiempo las visitaba, si la misericordia de Dios esparcía sus dones en los campos.

Francisco caminaba el último de todos, triste y pensativo. Debiera tomar parte en aquella alegría que también era obra de su trabajo; pero su alma permanecía silenciosa y apartada, y una sensación de angustia le oprimía el corazón.

VIII

El 23 de diciembre, quince días después de la partida de Camila, aún no había recibido Francisco noticia alguna de ella. Ni el trabajo, ni las razones más o menos cuerdas con que a sí mismo procuraba calmarse, eran ya bastantes para contener la violencia de su pasión. No dormía: se daba vueltas y más vueltas, sudoroso y dolorido, hasta que, saltando del lecho, con una especie de rabioso frenesí, iba personalmente a levantar a los peones; les ayudaba a uncir los bueyes o a aparejar los burros, y una vez en la pisca, se reservaba un *toro* de maíz y se ponía a *deshojar* con nerviosa rapidez, y sin respiro, no importándole las heridas que las secas cañas abrían en sus manos. Pensaba en Camila, en sus últimas palabras; se la imaginaba cerca de Antonio en misteriosa plática, olvidada de sus compromisos y de sus promesas... Y aún descartando de todas aquellas imaginaciones la odiada imagen de su rival, solamente al figurársela en el teatro, en el paseo o con sus amigas, alegre y risueña, mientras él sufría lejos de ella, sin tregua y sin consuelo, algo se le desgarraba en el corazón con dolor punzante y hondo... Y la sacudida que daba a la mazorca para separarla del tallo era más enérgica y rápida, y al lanzarla, lo hacía como si arrojara una piedra a un enemigo con ánimo de matarle. No permitía a nadie ni el más ligero descanso y cualquier falta o descuido le hacía estallar en reprimendas. La gente le miraba asombrada y temerosa, y algunos hacían comentarios a media voz: "A éste le dieron yerba".

Aquella tarde, cuando las tareas terminaron, y cargados los atajos y las carretas, conducían el maíz a los graneros, Francisco fue a ensillar su caballo, y como el animal muy bien hallado con la libertad de todo el día, se mostraba remiso, aquél, doblando el cabestro, lo azotó con fuerza y cólera. El caballo temblando se dejó ensillar. Y mientras caminaba hacia la hacienda, un pensamiento iba, poco a poco, surgiendo en el cerebro de Francisco. Lo acogió con tímidas protestas, pero bien pronto, tenaz y fuerte, se adueñó de su voluntad que, lejos de resistirle, le ayudó desde aquel instante con toda su potencia a transformarse en acto. Pensaba ir a San Diego para procurar una entrevista con Camila y tener una explicación. ¿Una explicación de qué? No lo sabía, pero le era necesario hablar con ella, quitarse de encima del corazón aquel peso que le asfixiaba. Ocho leguas de camino las andaría en tres horas. Eran las seis; en una hora descargaría las carretas; a las siete se pondría en marcha, y para antes de las diez estaría en San Diego.

Con su intervención personal y sus malos modos, la gente se dio prisa; las carretas quedaron vacías en menos tiempo del que él había calculado, y sin cenar ni cambiar una palabra con nadie, tomó el camino al paso de su caballo. Después lo puso al galope, y corriendo sin concederle un momento de respiro, sentía si no un consuelo definitivo que sólo podían darle las palabras de Camila, sí, un alivio muy dulce. La impaciencia hervía en su alma, y cada vez que en un paso dificultoso el caballo instintivamente detenía su carrera, Francisco le clavaba las espuelas, el brioso animal saltaba con fuerza, y en otro mal paso, en vez de pararse, temiendo el castigo, corría con mayor celeridad.

Cuando Francisco se apeó en un mesón de San Diego, encargando al hostelero que le paseara un poco el caballo, eran las nueve y tres cuartos. Inmediatamente, envuelto en

el capote y con la capucha calada, se dirigió a la calle en que don Pedro vivía. Conforme se aproximaba, iba acortando el paso y su corazón latía con fuerza. Las ventanas estaban iluminadas. Pasó lentamente. Había algunas visitas, y entre ellas, estaba Antonio. Era preciso esperar a que los importunos se fueran. Temblaba de dolor, de impaciencia y de rabia. Embutido en el vano de una puerta cercana, esperó. Le parecía un siglo el tiempo transcurrido. Por fin, se abrió la puerta; las señoras se despidieron con ruido de besos, risas y palabras que proferían a la vez, y que resonaban con alegres notas en el silencio de la calle, y juntamente con ellas se despidió Antonio. Aquella despedida le pareció a Francisco interminable. Camila permaneció un momento en la puerta. Él se apresuró, pero antes de que llegara, cerróse la puerta con estruendo. Siguió adelante y se volvió a los pocos pasos: la sala estaba desierta. Pasó una, dos, tres veces de arriba abajo y de abajo arriba, y en la última, vio a Camila que pasaba de una pieza a otra. Elegantemente vestida, era muy distinta de la señorita de rancho que él conocía y trataba. Llevaba un ramo de violetas prendido al pecho. Francisco, llegando de puntillas, se detuvo junto a la ventana. Camila volvió ligeramente la cara, pero no hizo caso: apagó la lámpara y desapareció. Francisco pensando que le había visto y que, sin duda, volvería, espero retirándose un poco. Mas esperó inútilmente, oyendo de tiempo en tiempo dar las horas en el silencio de la noche. Pasó de nuevo, haciendo sonar sus pisadas. Dolor y rabia, cariño y amor propio herido lloraban en su corazón, retorciéndose con ansias de agonía y ahogándole en oleadas de desesperación impotente. Tuvo impulsos de llamar en la casa: no le faltaría pretexto para presentarse a aquella hora; pero un instante de reflexión le contuvo: aun cuando llamara y viera a Camila, no podría hablarle a solas, y el día siguiente... ¡Qué espantoso

tormento tener que marcharse sin haber arreglado con ella sus cuentas pendientes!... Sonaron las tres de la madrugada. Francisco con la cabeza oscurecida, presa de horrible vértigo, se alejó precipitadamente... Todavía volvió la cara y se detuvo: había oído crujir una puerta. Volvió sobre sus pasos... Nadie... Todo estaba silencioso y oscuro. Se caló con rabia la capucha y, casi corriendo como si huyera de alguien que le persiguiese, se encaminó al mesón. Desde la mañana del día anterior no había tomado alimento. Montó a caballo y, picando espuelas, salió al galope.

Cuando llegó a la hacienda comenzaba a amanecer. Aquel día, por ser de fiesta, nadie trabajaba. La mayor parte de la gente hallábase ocupada en formar un enramado con carrizo verde y ramas de sauz bajo el cual iba a representarse la pastorela. Algunos cohetes estallaban de tiempo en tiempo. Tan luego como el enramado estuviera concluido, comenzarían *los pastores* cuyas jornadas, repetidas con breves intervalos, debían ocupar toda la noche y gran parte del siguiente día.

Momentos después de haber llegado recibió Francisco una carta en cuyo sobre reconoció la letra de Camila. Al abrirlo, su corazón latía con violencia y temblaban sus manos. Camila se limitaba a rogarle le enviase alguna ropa y a decirle que doña Petra estaba mejorada; pero nada que pudiera interesar a su corazón: ni una palabra alusiva a su cariño, a sus recuerdos, a sus esperanzas. Francisco se puso pálido: sentía en el pecho una horrible sensación de vacío...

La tarde estaba fría. Pardas y espesas nubes cubrían el cielo y encapuchaban las cumbres de la sierra, y bajo la gris y uniforme extensión del espacio, corrían sueltos copos de blanca bruma. A intervalos, caían finas gotas de lluvia, deshechas antes de tocar la tierra.

Los *pastores*, reunidos bajo el cobertizo, habían comenzado la representación. Hombres, mujeres y chicos, sentados unos en sillas o en el suelo, otros de pie, arrimados a las paredes, y todos arrebuados en sus cobertores, presenciaban el espectáculo, complacidos y atentos. Los *pastores* en dos filas, con *Gilay* el *Ángel* en el centro, agitando al compás de su lenta y cadenciosa marcha, los ganchos adornados de campanillas, cascabeles y cintas y flores de papel, cantaban con voz semigangosa y arrastrada:

*¡Vamos, pastores, vamos,
vamos a Belén,
que el anunciado Mesías
acaba de nacer!*

Y metiendo mano al jato de lustroso raso, que a modo de zurrón, llevaban a la bandolera, esparcían puñados de *colaciones*, que la gente se apresuraba a *pepenar* entre empujones, risas y gritos.

Los siete diablos, cubierto el rostro con monstruosas caretas y envueltos en negras hopalandas galoneadas con papel de plata, tiraban de la trenza al Ermitaño o le alzaban en vilo. Él, enseñándoles el Crucifijo o el grueso y largo rosario, los hacía huir, provocando la risa de los espectadores. Y así hasta que *Luzbel*, vencido y derribado por el *Ángel*, decía con lastimero tono aquello de:

*¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy!...*

Comenzó a caer una lluvia ligera mezclada con aristas de hielo, que se prendía a los abrigos de la gente y sonaba en la techadumbre del cobertizo. Momentos después nevaba.

Pequeños y ralos copos, girando y columpiándose a impulsos del aire, bajaban a perderse, deshechos, en la tierra; pero cada vez más numerosos, y cayendo unos sobre otros, incesantes y ligeros, cubrían los guijarros, se pegaban a las ramas de los árboles, a los pretilos de las casas, convirtiendo el paisaje en llanura uniforme y blanca, de la que irradiaba una misteriosa claridad.

Los *pastores* se refugiaron en una de las casas que más comodidad ofrecía para proseguir sus jornadas. Se encendieron a campo abierto grandes hogueras que derretían la nieve y se reflejaban con lampos rojizos en la blanca extensión. Los cohetes atronaban el aire y *las luces de bengala*, encendiéndose en la altura, teñían el nublado con reflejos verdes, rojos o violados, que temblaban en el espacio como el fulgor de lejanos relámpagos.

Francisco, de pie en la puerta de la casa grande, pensaba en sus tristezas. Llegaba a sus oídos, molesto pero ineludible, como la obsesión de una pesadilla, el monótono cantar de los *pastores*:

*¡Vamos, pastores, vamos,
vamos a Belén!...*

IX

Don Pedro y su familia permanecieron en San Diego mucho más tiempo del que habían calculado. Cuando se disponían a regresar a la hacienda, doña Petra sufrió un segundo ataque de reuma, y aunque cedió más pronto que el primero, el médico recomendó que se quedaran allí algún tiempo más.

Francisco, entretanto, continuaba en la misma incertidumbre. Dos veces había vuelto de noche a San Diego, esperando hablar con Camila; la había visto al pasar y hasta alguna vez le llamó la atención, tosiendo desde la acera de enfrente; pero sea que ella no lo hubiese advertido o que lo fingiera, Francisco había tenido que volverse a la hacienda sin realizar sus deseos. Otra ocasión, impotente para resistir los impulsos de su cariño y de sus celos, fue a San Diego en pleno día con pretexto de informarse de la salud de doña Petra y consultar con don Pedro algo relativo a los trabajos que estaban a su cargo. Camila le había recibido amable y contenta, pero eludiendo las pocas oportunidades que se presentaron para hablar a solas con él, se hacía desentendida a las veladas insinuaciones de Francisco. "Si ella quisiera –se decía éste, presa de horrible desesperación–, no le había de faltar modo de que habláramos". Y llegó la hora de volverse a la hacienda, y partió desesperado y convulso. Concibió el proyecto de escribirle; forjó y deshizo en la memoria el borrador de muchas cartas; escribió algunas con mano torpe, pero nerviosa y decidida, y las fue enviando

por el correo, unas tras otras; mas de ninguna obtuvo respuesta. Repentinamente, recibió aviso de que la familia regresaba, lo que fue para él un gran consuelo. Al fin en la casa, en constante proximidad con Camila, habría, aunque ella no quisiese, la ocasión que él buscaba para salir de aquella incertidumbre más dolorosa acaso que los celos, puesto que estaba constituida por la lucha de una recóndita y débil esperanza que no se resignaba a morir, y el convencimiento ineludible de que Camila *ya no era la misma para él*. Y él debía escudriñar y saber la causa de un cambio semejante; tenía derechos que alegar: los que le daban tantos meses de mutuas demostraciones de cariño; y reclamaría la verdad, el desengaño, que, cuando menos, le quitara el tormento de la duda.

Los de la casa grande llegaron, instalándose en ella con la sensación de bienestar que produce, después de larga interrupción, la vuelta a los antiguos hábitos. Desde el primer instante, Francisco notó que Camila rehuía sus miradas, que aunque amable y risueña, dejaba ver cierta reserva que a él le hubiera sido difícil percibir, si los celos y el despecho no tuvieran una intuición tan penetrante. Procuró con verdadera obstinación hablarle a solas, pero ella se esquivaba. Sin embargo, como aquella tarde se festejaría en la hacienda la boda de Cleto que había ido a casarse a la villa, Francisco, suponiendo que Camila iría al baile, esperaba encontrar allí la ocasión deseada.

Los disparos que resonaban con múltiples ecos en los cerros cercanos, anunciaron que *la boda* volvía. La mayor parte de los vecinos había ido a *la topa*, a caballo. A caballo venían también la novia, el novio, los padrinos y los parientes de uno y otro, y rodeados por los que habían ido a encontrarlos, haciendo, a fuerza de azotes y espuelas, que los mansos pencos se encabritaran, entraron en la hacienda, gritando *vivas* y disparando sus pistolas.

Momentos después, el padrino y el novio pedían permiso a don Pedro para hacer el *ratito de baile*, y una vez concedido, le invitaban a concurrir, advirtiéndole que comenzaría tan luego como la música se desocupara.

–¿Pos ond'está la música? –preguntó don Pedro.

–En casa de Perfeto –contestó uno de los interpe-lados–. Se le está muriendo una criatura.

Doña Petra y Camila resolvieron en el acto ir a la casa de Perfeto a ver en qué podían auxiliarlo. Al entrar en ella, el cuadro que se ofreció a sus ojos, aunque muy conocido, por haber visto muchos semejantes, las conmovió hondamente. En un ángulo de la pieza cuyas negras paredes sin *enjarrar* estaban llenas de telarañas, entre el humo despedido por el fogón donde se cocía la comida, acostado en un cuero, bajo sucios andrajos, estaba un niño, con los hundidos ojos cerrados, la cabeza tan violentamente echada hacia atrás que casi tocaba la espalda, los puños apretados, presa de incesantes convulsiones y exhalando un débil quejido, ronco y continuo. La madre, sentada junto a él, le espantaba las moscas con un trapo. El padre serruchaba en la puerta unas tablas viejas para hacer el ataúd, y tres músicos de arpa, flauta y violín, respectivamente, tocaban con furia, adosados a la testera del cuarto.

–¿Pos qué tiene esta pobre criatura? –preguntó doña Petra a la madre.

–Pos, señora, le hicieron ojo el domingo que juimos a la villa... Ya cuando volvimos, venía el inocente ardiéndose en calentura.

–¿Y con qué lo está curando?

–Este hombre llamó a una mujer enteligente que hay aquí en Rancho Viejo... Vino y lo vido, y dijo que si no tenía mal diojo, alguna mal alma me lo había embrujao... Esto fue antier... Y me dijo que su padre le diera agua con

la boca y le pusiéramos un güevo en la cabecera, y que si no sonaba era que estaba embrujao, y entonces vendría a hacerle otros remedios... No dilata en venir... Pero mire su mercé cómo está de mala la criatura. –Y se echó a llorar.

El niño murió al poco rato, y los músicos se trasladaron a la casa en que se celebraba la boda. Oyéronse los gemidos de la madre. Algunos vecinos entraron y salieron. Perfeto clavó el ataúd y le dio la primera mano de azul, poniéndolo a secar en el exterior de su casa, arrimado a la pared.

El baile había comenzado. La musiquilla que hacía un rato sonara con tan distinto motivo, vibraba de nuevo con roncacos acordes, a cuyo compás bailaban las parejas entre una nube de polvo.

El *angelito* fue tendido en una mesa, frente a la puerta, rodeado de ramas de sauz y florecillas silvestres... Cuando la tarde declinaba un amigo de Perfeto se presentó a caballo frente a la casa; recibió de manos de aquél el cajoncillo azul con rayas blancas, acomodándolo lo mejor que pudo en la cabeza de la silla, y tomó el camino del pueblo. Perfeto le siguió a pie, llevando al hombro para cavar la sepultura un pico y un azadón, los mismos que le servían para cultivar en el campo el pan de sus hijos... El sol desaparecía entre nubes de rosa y oro. Velaba las lejanías la penumbra de la tarde... Los de la casa grande contemplaban silenciosos, con cierta emoción, el grupo que se alejaba. Los bailadores, advertidos por alguien, salieron a la puerta, y las mujeres y los chicos, con las manos ante los ojos para defenderlos del sol, miraban también, fijamente, el triste grupo, hasta que le vieron desaparecer en el primer recuesto del camino.

Francisco, a la vez que la desesperación que le ahogaba, como una fiebre, y que subía a su boca en gritos de queja o de amenaza, apenas contenidos, sufría una angustia indecible, una sensación de soledad y de vacío que le hacía

temblar. La explicación deseada tardaba en realizarse, y cada hora transcurrida le iba quitando la esperanza, avivando el despecho y acrecentando el dolor... Camila pretextó una jaqueca y se encerró en su cuarto.

–Mañana comenzaremos el corte –dijo don Pedro a Francisco.

Éste asintió con un movimiento de cabeza. No quería hablar. Había notado que le temblaba la voz, y prefería callarse, antes que exponerse a que lo notaran.

–Pocos irán mañana –añadió don Pedro–, por la chispa que van a ponerse esta noche; pero con los que vayan comenzaremos de una vez.

Francisco estaba pálido. Su mirada torva y distraída no se fijaba en parte alguna, como si el cerebro, absorto en su vida interior, la hubiese licenciado por no necesitarla. Sentía clara y distintamente, como podría sentir la separación material de lo que llevaba sobre el cuerpo, que aquello se le escapaba sin remedio, puesto que era impotente para impedirlo... Sí; la había perdido para siempre, y ya no podría vivir junto a ella, porque eso sería para él insufrible tormento. Rogaría a don Pedro que le mandara a los ranchos de la sierra, y si se negaba, rompería por todo, y pasando por ingrato a los ojos del viejo, se iría a trabajar o a morir en otra parte... Y entonces una idea cruzaba por su mente, iluminándola con luz siniestra, como en tempestuosa noche iluminan el campo los relámpagos: la idea de que Camila se casara; y sentía que una poderosa impulsión le cegaba, inspirándole disparatados planes de exterminio; pero algo en el fondo de su ser las rechazaba, y eran el dolor y la angustia de perderla, los únicos sentimientos de su corazón. A ratos le invadía una tranquilidad absurda, extraña: encogíase de hombros y se reía forzosamente, haciendo una mueca de desdén; pero en seguida su dolor se recrudecía,

y la desesperación le obligaba a dar puñetazos en la pared... Dos tiros y algunos gritos le sacaron aquella noche de sus cavilaciones, y acudió a ver lo que ocurría.

El baile acababa mal: la mayor parte de la gente se había emborrachado y comenzaba a reñir y a gritar. Francisco trató de dispersarlos; pero en aquella ocasión, no eran los mansos peones que, obedeciendo sus órdenes sin replicar, sufrían sus ásperas reprimendas: los menos le obedecían, los más se rebelaban, y algunos, a favor de la oscuridad, le dirigían insultos. Francisco, exasperado, empuñó la pistola y, con la ayuda de algunos vecinos, comenzó a prender a los que se negaban a retirarse. Su desesperación se transformaba en cólera, y yendo de un lado para otro, deseaba vivamente que alguien lo agrediera para descargar a golpes implacables y ciegos, la amargura de su alma.

X

Corría el mes de mayo. Vestían los huertos oscuro y tupido follaje, los renuevos de los álamos verdecían entre las viejas hojas mustias que el viento arrancaba y los incoloros racimos de los mezquites y las áureas florecillas de los güisaches impregnaban de fresco aroma el aire tibio de las mañanas. Las mieses, salpicadas de amapolas blancas y rojas, ondulaban con reflejos de oro; los cortadores, diseminados en el campo, segaban el trigo; las rozaderas brillaban a veces, heridas por el sol, y los haces, alineados en largas hileras, parecían ramilletes de flores y espigas.

Francisco experimentaba penosa impaciencia. No podía permanecer inactivo, pensando en sus amarguras que por momentos se exacerbaban. Quitóse violentamente la chaqueta, la colgó en las ramas de un arbusto cercano, y se puso a cortar con avidez, con ensañamiento, como si el trigo que su rozadera segaba con áspero chirrido, fuese la causa de sus infortunios. El sudor bañaba su cara, su respiración era difícil; pero seguía cortando con la misma febril rapidez, y las gavillas yacían a sus plantas, abatidas en todas direcciones, como si violento remolino hubiese doblado los trigales. Al compás de los golpes con que iba cortando los manojos de trigo, pensaba en sus ilusiones desvanecidas, en sus celos, en sus antiguos temores y en sus angustias del presente; una ola de loco furor le invadía; la rozadera chirriaba con mayor fuerza; la ola le ahogaba; la gavilla reciamente atada con los mismos tallos, era arrojada

en tierra con brioso impulso, y sus ideas volvían al punto de partida, para recorrer el mismo círculo que le llevara desde los recuerdos a la desesperación.

Le sacó de aquella especie de embriaguez la voz del mayordomo, avisándole que las tareas estaban listas para ser recibidas. Dejó, a su pesar, la faena, se puso la chaqueta, buscó papel y lápiz, y un instante después, contaba, con la precipitación y exactitud que le había dado la práctica, las largas hileras de haces tendidas en el campo. Una vez concluidos sus apuntes y dadas sus últimas órdenes al velador, experimentó honda repugnancia a la idea de volver a la hacienda. Iba a quedarse en el Moral, pero pensó que debería forzosamente llevar los apuntes a don Pedro y pagar a algunos cortadores que, sin duda, cobrarían sus tareas. No se había equivocado: cuando llegó a la hacienda tuvo que liquidar cuentas con los que pedían el importe de su trabajo y dar a otros anticipos y habilitaciones. Cuando el último fue despachado, los llamaron a cenar.

–Vamos –dijo don Pedro.

Y le fue preciso seguirle. Excusaba lo más que podía reunirse con la familia, ya retardándose intencionalmente en algún asunto fuera de la casa, ya valiéndose de cualquier pretexto para avisar que no le esperaran. Don Pedro y doña Petra no habían extrañado aquel apartamiento: conocían su actividad y apego al trabajo y hallaban natural que los redoblara en la época de los cortes en que tanta vigilancia era necesaria. Pero Camila, comprendiéndolo todo, lo sentía hondamente. Verdad que ella, al demostrarle cierta inclinación, había sido sincera; pero su falta estaba en haber sido imprudente, en no esperar para manifestarle correspondencia, a que sus sentimientos hacia él estuvieran bien definidos y firmes. Aquella situación, como quiera que fuese, le era muy penosa. No quería darle explicaciones,

porque, reconociéndose culpable, comprendía que nada podría decirle, sino algo demasiado franco y rudo que a su natural delicadeza repugnaba declarar. Afortunadamente, el desengaño llegaría pronto y por otro conducto, y ella esperaba que él aplacase a Francisco y le fuera curando poco a poco.

Esa misma noche, de sobremesa, don Pedro, tras de consultar con los ojos a doña Petra y a Camila, con una media sonrisa maliciosa dijo a Francisco:

–Tenemos que darte una gran noticia...

Francisco tembló de pies a cabeza: una secreta intuición le hacía adivinar que semejante noticia no sería nada buena para él. Camila, pretextando alguna cosa, salió del comedor. Francisco miraba a don Pedro con disimulada ansiedad.

–Que Camila se casa –añadió el viejo.

Francisco se sintió presa de un vértigo. Se puso pálido. Aferró ambas manos a la silla en que estaba sentado y apretó los labios con fuerza.

–Ya está pedida y dada –dijo doña Petra.

–Es su gusto –continuó don Pedro–. Que haga lo que le parezca... Y más cuando no va mal...

–Con Antonio –indicó doña Petra.

–Queríamos darte parte como de la casa que eres.

Francisco, queriendo sonreírse, hizo una mueca.

–Me alegro mucho –dijo secamente. Y se levantó.

Cuando atravesaba el patio con dirección a su pieza, se tambaleaba, y como si un huracán le hubiese cogido en despoblado, envolviéndole en densa polvareda, le zumbaban los oídos y se le nublaban los ojos. Por instinto halló la puerta, se arrojó en el lecho, y mordiendo las almohadas, lloró convulsivamente. Al mismo tiempo, una serie de ideas absurdas llenaba su cerebro. "Iría, acaso, a casarse por imposición de sus padres, y entonces, no estaba todo

perdido"... Pero lo que don Pedro había dicho y su desdén, su indiferencia que él había visto mil veces exagerada hasta la crueldad, pues bien había ella comprendido lo que él sufría, borraban de un golpe los atisbos de esperanza que aparecían en su alma. Poco a poco aquel hervor de encontradas ideas fue cediendo, y en su lugar, destacándose, clara, precisa, exigiendo traducirse en acto, la idea de ver a Camila, de reclamar una palabra decisiva que le cerrara para siempre la esperanza. Se levantó. Su razón protestaba, pero él, empujado por una fuerza desconocida, superior a su voluntad, encaminóse al cuarto de Camila. En él había luz, y a través de los visillos de la ventana se veía moverse una sombra... ¿Llamaría?... No; sucedería lo que tantas veces. El recuerdo de los pasados desdenes avivó en su corazón el amor y la amargura. Corrió al comedor, con recias palpitaciones de su corazón, entró en la recámara de don Pedro y de doña Petra... Se paró un instante... Los viejos dormían... Atravesó la pieza de puntillas, y, queda, pero firmemente, abrió el cuarto de Camila. Ésta leía junto a la mesilla de noche. La aparición de Francisco, repentina y silenciosa, en la puerta de la estancia, debido a ese no sé qué indefinible que advierte la presencia de alguien, aunque no se le vea, la hizo levantar la vista. Sus ojos se abrieron mucho, y luchó un instante con la palabra que la sorpresa le había paralizado. Francisco jadeaba como si acabase de trepar a una cumbre. Se miraron un instante.

–¿Qué tienes? ¿A qué vienes? –preguntó Camila con inquietud.

–¿Cómo a qué? A que me digas algo. ¿Por qué no has querido hablar conmigo? ¿Ya se te olvidó lo que había entre tú y yo?

–¿Qué quieres que te diga?... Vete, van a despertar papá y mamá...

—No me voy —repuso Francisco con voz sorda—, hasta que me digas por qué ya no me quieres.

—¿Cómo quieres que yo sepa?

—¿Por qué me engañaste? ¿Qué mal te hice pa que me trataras así?

La voz de Francisco se hacía más ronca y entrecortada.

—No te engañé... Yo fui la que me engañé: creí quererte, y...

—¿De modo —preguntó Francisco con una sonrisa helada—, que no me quieres?

—No... —dijo Camila, a quien tranquilizaba la actitud al parecer sumisa de Francisco.

—¿No, qué?

—Que no te quiero... Lo siento... Al oír aquellas palabras dichas con fría indiferencia y con visibles ganas de acabar pronto, pasó una nube por el cerebro de Francisco, ofuscando su razón, y sin saber claramente lo que hacía, sin poder contenerse, obedeciendo a una extraña impulsión que obraba en su espíritu y en voluntad como obraría un vigoroso empujón sobre su cuerpo, se lanzó sobre Camila. Le oprimió el cuello con ambas manos. Las de Camila se crisparon sobre las de él, pugnando por desasirlas y haciéndoles sangre. Pero él, ciego, loco, apretaba, con creciente fuerza. Camila con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos y el rostro violáceo, se debatía débilmente; se oía un estertor angustioso; el cuerpo se fue doblando sobre sí mismo; Francisco no se cuidaba de sostenerlo, apretaba solamente, y Camila, al fin, cayó en tierra exánime, muerta. Francisco sintió un horrible escalofrío que le erizó los cabellos. Por un movimiento impremeditado, inconsciente, apagó de un soplo la lámpara; una vez a oscuras, aunque recordaba la dirección de la puerta, sintió un terror inmenso de tropezar con aquel cuerpo, y

escapó, alocado por un sentimiento inexplicable. Cuando pasaba por el cuarto de los viejos, doña Petra se rebulló... "¿Qué hay?", dijo roncamente, pero volviéndose de otro lado, siguió durmiendo. Don Pedro roncaba estrepitosamente. Al salir al patio, Francisco sintió un frío intenso; pero cediendo a una idea fija, corrió al corral, con una reata que halló a mano, lazó y puso bozal a su caballo; abrió la puerta de campo que a pesar de su azoramiento y precipitación, cerró por fuera cuidadosamente, y montando en pelo, azotó el caballo y se lanzó a escape.

La noche estaba oscura. El aire húmedo y fresco de los campos azotaba la cara de Francisco y las ramas de los chaparros le arañaban, salpicándole las manos con menudas gotas de rocío. En los primeros momentos, rodaban en su cerebro, en confusión y hacinamiento extraños, los sucesos pasados; pero poco a poco la razón recobraba sus fueros, la conciencia despertaba; un intenso escalofrío marcaba en su organismo el instante en que aparecía en su mente lo que acababa de hacer, y se sentía descorazonado y cobarde. Su ingratitud y su crimen aparecían en su conciencia, causándole horror y pavora, como si los juzgara cometidos por otro. Todo lo había perdido, y una vez falto de aquel amor de familia, merced al cual pudo entrever, por un instante, otro más hondo, más dulce, más suyo, ¿a dónde iría que, envuelto en espantoso tedio, no fuera la idea de su soledad, de su desventura y de su delito?... Poco a poco había ido tirando al caballo de la rienda, hasta ponerlo al paso. Un súbito deseo le invadió, imponiéndose a su voluntad con fuerza avasalladora: de la conciencia de su delito, de la sensación casi física de su abandono, nació, mezcla de un sentimiento de justicia y de un instinto de defensa contra lo que juzgaba su mayor desventura: la soledad de sus recuerdos en la soledad de su vida, el deseo de la expiación,

informulado, pero claro y dominador. . . Tiró de la rienda al caballo, dirigiéndolo con rumbo a la hacienda. . . Mientras caminaba, paso a paso, como el que teme llegar, en medio de un debilitamiento físico intenso, una emoción extraña le embargaba: la de un alivio infinito, al par de un anonadamiento singular, como si asistiera a la anulación de su propio ser. . .

Cuando llegó a la hacienda, sumiso y manso, como si alguien le condujese prisionero, una faja amarillenta, con reflejos de oro y púrpura, aparecía en el oriente, y en el zenit, entre las desgarraduras de las nubes cenicientas, sobre un fondo de cielo débilmente azul, parpadeaba una estrella.

Octubre de 1902

Alma rústica

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos

"Profr. Arturo Berrueto González"

Septiembre de 2019

El tiraje fue de 1000 ejemplares